español

sexto grado. Lecturas

© Derechos Reservados SEP, 1974.

Toda modificación, adición o reforma de esta obra deberá llevarse a cabo con el permiso previo y expreso de la Secretaría de Educación Pública.

Español
Sexto grado
Lecturas

Secretaría de Educación Pública
México, D. F.

Coordinación: **Gloria Ruiz de Bravo Ahuja**
Carlos H. Magis
Gonzalo Celorio

Revisión e introducción: Antonio Alatorre, *UNAM y el Colegio de México.*

Colaboradores: Gonzalo Celorio, *Instituto de Investigación e Integración Social del Estado de Oaxaca y El Colegio de México;* Alicia Fernández de Jiménez, *Secretaría de Educación Pública;* Francisco Hinojosa, *Instituto de Investigación e Integración Social del Estado de Oaxaca;* Rebeca Barriga de Peón, *Instituto de Investigación e Integración Social del Estado de Oaxaca y el Colegio de México;* Armida de la Vara, *Universidad Nacional Autónoma de México.*

Consultores: Raúl Avila S., *Universidad Nacional Autónoma de México y el Colegio de México;* Zoila Balmes Zúñiga, *Secretaría de Educación Pública,* María Paz Barruecos, *Instituto Mexicano de la Audición y el Lenguaje y Secretaría de Educación Pública;* Gloria Ruiz de Bravo Ahuja, *Instituto de Investigación e Integración Social del Estado de Oaxaca y el Colegio de México;* Margit Frenk Alatorre, *Universidad Nacional Autónoma de México;* Beatriz Garza Cuarón, *El Colegio de México;* Elisa González Mendoza, *Escuela Manuel Bartolomé Cossío;* Graciela González de Tapia, *Secretaría de Educación Pública y Escuela Manuel Bartolomé Cossío;* María del Carmen Garza de Koniecki, *Secretaría de Educación Pública y El Colegio de México;* Carlos H. Magis, *Universidad Nacional Autónoma de México y El Colegio de México;* Oralia Rodríguez, *Secretaría de Educación Pública;* Elizabeth Velázquez B., *Secretaría de Educación Pública.*

Diseño e ilustración: *Dirección Artística:* Adolfo Falcón G.
Subdirección: Luis Carlos Emerich Z.
Coordinación: Martha Velasco, Alicia Albo, Herlinda Sánchez Laurel, Víctor Ortiz.

Ilustradores: Federico Calderón, Francisco Castro, José Castro, José Duarte, Bruno González, Carlos Lupercio, Rafael de León, Luis R. Miranda, Kiyoto Oota, Arturo Ramírez, Herlinda Sánchez Laurel, Marcia Salcedo, Susana Trejo, Javier Talavera.

Montaje: Carlos Contreras, José Luis Villanueva, Felicitas Gaspar, Jaime Becerra, Roberto Contreras, Alfonso Martínez, Eduardo Contreras, Arturo Ruiz, Fabiel Gómez, Alejandro Arellano, Alejandro Contreras, Olivia Bocanegra.

Corrección: Aída Lerma, Carlos E. Forno.

Cubierta: diseño, Juan Ramón Arana; fotografía, Aníbal Angulo.

Índice

Introducción. **Antonio Alatorre**. . . . . .
Flores nuevas. **Anónimo de Huejotzingo**.
(Traducción de Angel María Garibay K.) 12
Una plantación de tabaco. **Gregorio López y Fuentes**. 13
A un pajarillo. **Celedonio Junco de la Vega**. 14
Retratos. **Manuel Payno**. (Adaptación de Carlos H. Magis). 15
Aplastamiento de las gotas. **Julio Cortázar**. 16
Golpe al progreso de los platillos voladores. **Art. Buchwald**. 17
Las abejas. **José Juan Tablada**. 19
El mirlo. **Salvador Rueda**. 19
La campana. **Manuel Machado**. 19
Estrella de mar. **Juan León Mariscal**. 19
Culiacán. **Martín Luis Guzmán**. 20
La rata. **Gabriela Mistral**. 21
La sierra de Puebla. **José Vasconcelos**. 22
El telescopio. **Azorín**. 23
La pájara pinta. **Canción popular mexicana**. 24
Una mujer inolvidable. **Nellie Campobello**. 25
Perseo y la Medusa. **Mito griego**. 26
La tarde. 27
Cantarcillo. 27
El faro. **José Gorostiza**. 27
En Marte. **Ray Bradbury**. 28
Dos amibas amigas. **Gonzalo Celorio**. 29
La gallina. **Jules Renard**. (Traducción de José Emilio Pacheco). 30
Los canarios. **Jaime Torres Bodet**. 31
Oro en polvo. **Carlos R. Moncada**. 31
Macondo. **Gabriel García Márquez**. 32
El narrador. **Oscar Wilde**. 33
El sapo. **Juan José Arreola**. 34
Vida perdurable. **Rabindranath Tagore**. 35
Romance de la infancia. **Alejandro Galaz**. 36
El elefante. **Juan José Arreola**. 37
La mariposa. **Anónimo de Tenochtitlan**.
(Traducción de Angel María Garibay K). 38
Una noche en el norte de Europa. **Knut Hamsum**. 39

Mariposa nocturna. 40
La araña. 40
Peces voladores. **José Juan Tablada**. 40
Moby Dick. **Herman Melville**. 41
La ceiba. **Antonio Méndez Bolio**. 42
Ultramarina. **Rafael Heliodoro Valle**. 43
La vaca. **Jules Renard**. (Traducción de José Emilio Pacheco). 44
Yo voy soñando caminos. **Antonio Machado**. 45
El cohete. **Salvador Rueda. Manuel Gutiérrez Nájera**. 46
Huida de Quetzalcóatl. **Leyenda Náhuatl**. 47
Canción. **Alí Chumacero**. 48
Autorretrato. **Miguel de Cervantes Saavedra**. 49
Belleza del canto. **Moctezuma II**. 50
La poesía. **Nezahualcóyotl**. 50
La flor y el canto. **Anónimo de Chalco.**
(traducciones de Angel María Garibay K). 50
Así era Morelos. **Eduardo E. Zárate**. 51
La lagartija. **Carlos H. Magis**. 52
Guitarra. **Nicolás Guillén**. 53
Un pueblecito. **Azorín**. 54
En el tren. **Jacinto Benavente**. (Versión de Armida de la Vara). 55
El arroyo. **Francisco Luis Bernárdez**. 58
El boyero. **Serafín J. García**. 59
La casa de José Arcadio Buendía. **Gabriel García Márquez**. 61
El recuerdo más hondo. **Juan José Arreola**. 63
Pito Pérez. **José Rubén Romero**. 64
Ha caído una estrella. **Fernán Silva Valdés**. 65
Cielito lindo. **Canción popular mexicana**. 66
Estampa de otoño. **Armida de la Vara**. 68
Los puercos de Nicolás Mangana. **Jorge Ibargüengoitia**. 70
El niño y el lechero. **Rabindranath Tagore**. 72
Canción del pirata. (fragmento). **José de Espronceda**. 75
El principito y el rey. **Antoine de Saint-Exupéry**
(Adaptación de Carlos H. Magis). 76
La luz sumisa. **José Gorostiza**. 79
¡Los valientes no asesinan! **Guillermo Prieto**. 80
El grillo. **Conrado Nalé Roxlo**. 84
Luvina. **Juan Rulfo**. 85
Vaca y niña. **Eduardo Lizalde**. 86
Romance de las estrellas. **Rubén C. Navarro**. 87
El leve Pedro. **Enrique Anderson Imbert**. 88
Segador. (fragmento) **Carlos Pellicer**. 91
Balada del silencio temeroso. **Rafael Alberti**. 92

Silueta de Sor Juana Inés de la Cruz. **Gabriela Mistral**. 93
(Adaptación de Carlos H. Magis). . . . . .
La más bella niña. **Luis de Góngora**. 94
El licenciado Vidriera. **Miguel de Cervantes Saavedra**. 95
Espiral. **Octavio Paz**. 97
El pájaro cú. **Canción popular mexicana**. 98
El señor de los refranes. **Agustín Yáñez**. 100
Himno Nacional Mexicano. (fragmento). 101

Introducción

Mi querido amigo:

¿Qué te parece si delante de este libro que tienes abierto en las manos, y que es el último de la Escuela Primaria, ensayamos tú y yo un elogio de la lectura?

Pronto vas a ver, si acaso no lo has visto ya, que la lectura es una gran cosa. Es una puerta para el saber, para el progreso, para la justicia entre los hombres. O sea, un instrumento de grandes bienes.

Mira. Vivimos en un pueblo, en una nación, en un mundo. Ni tú solito, ni yo solito, ni nadie solito puede hacer nada. Ni siquiera sobrevivir. Necesitamos, para nuestra vida misma, la comunicación con los demás.

Hay muchos medios de comunicación entre los hombres: el apretón de mano que nos da un amigo, la pieza de música que oímos, la película que vemos en el cine, y muchos, muchísimos otros medios. En el futuro se van a inventar todavía más (y no me cabe duda de que a ti te van a parecer maravillosos).

Pero de todos los medios de comunicación que hay en nuestros tiempos, el más importante, el más completo, el más profundo, el que más informa, el que más cosas tiene que comunicar, es la palabra escrita.

¿Por qué? Mira. Lo más valioso que tenemos los seres humanos es el lenguaje. El lenguaje es lo que nos caracteriza. Sin él, no nos llamaríamos seres humanos. Y sucede que la palabra escrita ha estado al servicio del lenguaje durante muchísimo tiempo (durante miles de años), y lo ha hecho con tanta fidelidad, con tanta eficacia, que el lenguaje ya no ha podido prescindir de ella.

La lectura de la palabra escrita pone a nuestro alcance todos los tesoros posibles del lenguaje.

A mí nunca se me van a olvidar las

A.C.

A.C.

lecturas que hice durante la Escuela Primaria.

El *único* libro escolar que tuvimos mis compañeros y yo, hace ya muchos años, en un pueblo llamado Autlán (Estado de Jalisco), fue el libro de lectura. La historia y la geografía y las matemáticas y las ciencias naturales y todo lo demás, lo aprendimos sin libros: nos bastaba oir las explicaciones de "la señorita", o sea la maestra, porque ella sí tenía libros. Pero para la lectura era necesario que cada uno de nosotros tuviera su libro.

Ese libro se llamaba "Infancia", y estaba repartido en cinco tomos, desde segundo año hasta Sexto. Nunca he vuelto a verlos, pero me acuerdo muy bien de ellos. Recuerdo su aspecto, recuerdo sus lecturas, recuerdo sus dibujos, y todavía me sé de memoria muchas de sus poesías, por ejemplo una de un señor llamado Goethe, que comenzaba así:

La ola sin cesar subía,
la ola sin cesar bajaba
y el pescador contemplaba
el anzuelo que se hundía . . .

Mis compañeros y yo gozamos mucho con esos libros. En ellos leímos el cuento de Simbad el Marino, y unas anécdotas del señor Morelos, y la descripción de unos árboles extraños que cantan cuando el viento los acaricia, y el caso de un mentiroso a quien nadie le creyó el día que dijo la verdad, y la historia de Cristóbal Colón, que tenía una gran idea en la cabeza, pero los poderosos lo creían loco, y él no renunciaba a su idea a pesar de la incomprensión y a pesar de la pobreza, hasta que un día llegó, con su hijito de la mano, a un lugar llamado La Rábida, y allí su suerte comenzó a cambiar . . .

Sí, leímos muchas cosas a lo largo de cinco años: primero cositas simples; después cosas más complicadas y más largas, y más interesantes también.

Al terminar el libro de lectura de Sexto grado nos habíamos asomado ya a una buena parte del mundo. Nos ha-

A.C.

biamos hecho amigos de muchos escritores.

Dije bien: "amigos". Porque esos escritores, en su prosa o en sus versos, nos habían dicho algo de lo que pensaban o sentían, y nosotros los habíamos leído con interés y con gusto, y esto era señal de que estábamos de acuerdo con lo que nos decían, tal como dos buenos amigos se ponen de acuerdo en una idea genial que a uno de ellos se le ha ocurrido.

¿Que por qué te cuento estas cosas? Porque tú puedes entenderme. A través de tus libros de lectura de la Escuela Primaria, tú también te has asomado ya a una buena parte del mundo, y cuando termines este libro de Sexto grado contarás también con una buena cantidad de amigos.

En mi libro de lectura yo me hice amigo de Miguel de Cervantes y de Rabindranath Tagore. Estos y otros autores de mi libro están también en el tuyo. Bueno: pues si lees bien las páginas de Cervantes y de Rabindranath Tagore, notarás que estos autores te caen bien, que les tienes simpatía, y estoy seguro de que tu simpatía va a ser como la que yo tuve, como la que yo sigo teniendo por ellos.

En tu libro hay relatos y poesías que no estaban en el mío. Y te digo una cosa: a veces siento envidia de tu libro, que trae páginas tan bonitas. Por ejemplo, en el mío no había nada de Juan Rulfo ni de Juan José Arreola. Pero es lo mismo. Si lees bien a Rulfo y a Arreola, y a los demás, vas a ver que te gustan: vas a ver que son tus amigos.

La única condición es ésta: *leer bien.*

Para leer bien sirve mucho pronunciar bien las palabras, sirve mucho decir las frases en un tono adecuado, en el tono que sería más natural si las distintas cosas que leemos las estuviéramos diciendo desde nosotros mismos. Es como si la pronunciación y el tono de la voz fueran las señales de que has entendido.

Pero, en general, no vas a leer en voz alta, sino en silencio, para ti mismo.

A.C. A.C. D.C.

Las señales de que has entendido van a ser entonces otras. Lo que siempre importa es entender lo que hay en el libro. Como cuando entiendes lo que un amigo tuyo te está diciendo.

Yo me imagina que en este momento tú no sabes si vas a ser de las personas que leen poco o de las que leen mucho. Te desea que seas de las que leen mucho. Pero más vale leer poco y bien, que mucho y mal. No todo el mundo tiene la posibilidad de leer mucho. Pero el que sabe leer tiene siempre la posibilidad de leer bien. (Y el que lee bien puede siempre leer mejor).

Tú ya puedes leer bien. Tienes esa suerte. Aprovéchala. Lee. Y si la lectura te ha gustado, si entiendes lo que la lectura significa, sigue leyendo.

Mira. En la vida hay muchos bienes, muchas cosas buenas. Unos bienes duran poco (por ejemplo, las pelotas de hule); otros duran mucho. Unos se acaban sin dejar huella; otros, en lugar de acabarse, engendran nuevos bienes. Uno de los bienes que más bienes es capaz de engendrar es la lectura.

Por eso, lo mejor que puedo desear para tí es que conserves el gusto por la lectura. Que lo conserves, y lo amplíes, y lo alimentes.

Quienes conservan el gusto por la lectura no hacen distinción entre lecturas serias y lecturas agradables. Si un libro de historia es serio, también es serio un libro de cuentos; y si el libro de cuentos es agradable, también lo es el de historia. Si un libro de poesía es útil, también es útil un libro de ciencia; y si el libro de ciencia es hermoso, también el de poesía lo es.

Éstas son algunas de las ideas que se me han ocurrido para hacer el elogio de la lectura. Tal vez a tí se te ocurran otras. Pero lo más probable es que algunas de tus ideas se parezcan a las mías, tal como las mías se parecen a las de mis maestros y de mis amigos.

Si así es, me gustaría que contaras entre tus nuevos amigos a

Antonio Alatorre

México, 6 de agosto de 1974

¡Llegaron las flores!
¡A revestirse de ellas, oh príncipes,
a adquirir su riqueza!
Fugaces en extremo nos muestran su rostro,
fugaces reverberan.
Solo en tiempo de verdor llegan a ser perfectas.
¡Las amarillas flores de mil pétalos!
¡Llegaron las flores junto a la montaña!

Anónimo de Huejotzingo

(traducción de Ángel María Garibay K.)

Una plantación de tabaco

Rica tierra aquélla . . . Por donde quiera que se mirara la geometría de la labor, se echaba de ver la pericia de quienes la sembraron . . . Después de la milpa, estaba un campo a manera de laga profunda. En aquella mañana sin viento y con un sol espléndido, el verde intenso del tabaco tenía, en verdad, profundidad acuática . . . Se divisaban las lejanas laderas propicias para la caza . . . los frambuyanes con sus macheros rojos en las ramas, inmóviles en aquel atardecer sin brisa; las cercas de piedra protegiendo las huertas; los pájaros familiares con sus gritos y sus vuelos en torno de sus nidos pendientes como hamacas de las puntas más altas de los árboles.

Gregorio López y Fuentes

A un pajarillo

Canoro:
te alejas
de rejas
de oro.

Y al coro
le dejas
las quejas
y el lloro.

Que vibre
ya libre
tu acento.

Las alas
son galas
del viento.

Caledonia Junco de la Vega

Matiana parecía de más de cincuenta años. Tenía la dentadura completa y blanca; pero su pelo ya cano, la piel reseca y arrugada, el cuerpo algo encorvado y, sobre todo, esos ojos siempre enrojecidos por dentro y por fuera, le daban un aspecto extraño. Y sólo por eso la llamaban bruja.

En cambio, Jipila, como de treinta años, tenía el pelo negro, grueso y lacio, la piel clara y lisa, andar airoso y pie chico a pesar de los dedos despar-pajados por andar descalza. Aseada y fresca (aprovechaba cuanto arroyo o fuente encontraba en los caminos para lavarse la cara y las manos pequeñas, y alisar los cabellos escapados de su trenza), se veía muy bonita con su buen porte, los ojos negrísimos y los dientes aún más blancos y parejos que los de Matiana, a la que llamaba tía.

Manuel Payno

(adaptación de Carlos H. Magis)

Aplastamiento de las gotas

Yo no sé, mira, es terrible cómo llueve. Llueve todo el tiempo, afuera tupido y gris, aquí contra el balcón con goterones cuajados y duros, que hacen plaf y se aplastan como bofetadas uno detrás de otro, qué hastío. Ahora aparece una gotita en lo alto del marco de la ventana, se queda temblequeando contra el cielo que la triza en mil brillos apagados, va creciendo y se tambalea, ya va a caer, todavía no se cae. Está prendida con todas las uñas, no quiere caerse y se la ve que se agarra con los dientes mientras le crece la barriga, ya es una gotaza que cuelga majestuosa y de pronto zup ahí va, plaf, deshecha, nada, una viscosidad en el mármol.

Pero las hay que se suicidan y se entregan en seguida, brotan en el marco y ahí mismo se tiran, me parece ver la vibración del salto, sus piernitas desprendiéndose y el grito que las emborracha en esa nada del caer y aniquilarse. Tristes gotas, redondas inocentes gotas. Adiós gotas. Adiós.

Julio Cortázar

Golpe al progreso de los platillos voladores

Había gran agitación en Venus la semana pasada: los hombres de ciencia habían conseguido hacer aterrizar en la Tierra un satélite que estaba enviando señales y fotografías. El vehículo se posó en un lugar llamado Manhattan (nombrado así en honor del astrónomo venusino que lo descubrió hace 200,000 años luz). Gracias a las buenas condiciones climáticas, los científicos pudieron obtener valiosas informaciones sobre la posibilidad de hacer llegar a la Tierra platillos voladores tripulados. En el Instituto Tecnológico Venusino se celebró una asamblea.

—Hemos llegado —anunció el profesor Zog— a la conclusión de que en la Tierra no hay vida.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó un reportero de "La Estrella Vespertina".

—Por una parte, la superficie de la Tierra, en la región de Manhattan, es de cemento sólido; nada se podría cultivar allí. Por otra parte, la atmósfera está llena de monóxido de carbono y otros gases mortíferos; quien respire ese aire no podrá sobrevivir.

—¿Que significa eso en relación con nuestro programa de platillos voladores?

—Tendremos que llevar nuestro propio oxígeno, lo cual significa que el platillo volador tendrá que ser más grande de como lo habíamos proyectado.

—¿Hay algún otro peligro?

—En esa foto se ve algo como un río, pero las observaciones que envía el satélite indican que el agua no es potable. Tendremos que llevar también nuestra propia agua potable.

—Profesor, ¿qué son todos esos puntitos negros que se ven en la foto?

—No estamos seguros. Parecen ser partículas de metal que se mueven por determinados caminos. Sueltan gases y hacen ruido, y casi siempre están chocando unas con otras. Abundan tanto, que el platillo no podría aterrizar sin ser atropellado por alguna de ellas.

—Si todo lo que dice es cierto, ¿no se retrasará en varios años el programa de los platillos voladores?

—Sí, pero lo reanudaremos tan pronto como recibamos más fondos oficiales

—Profesor Zog, ¿por qué los venusinos estamos gastando tantos millones de zolochos en llevar un platillo tripulado a la Tierra?

—Porque si los venusinos logramos respirar en la atmósfera terrestre, entonces podremos vivir en cualquier parte.

Art Buchwald

Las abejas

Sin cesar gotea
miel del colmenar;
cada gota es una abeja . . .

José Juan Tablada

El mirlo

El mirlo se pone
su levita negra,
y por los faldones le asoman las patas
de color de cera.

Salvador Rueda

La campana

No el sol, sino la campana,
cuando te despierta, es
lo mejor de la mañana.

Manuel Machado

Estrella de mar

La estrella polar
cambió sus vestidos
y los tiró al mar.

Juan León Mariscal

Las aguas del Tamazula eran de un tinte azul idéntico al del cielo sólo que en ellas, quebraban el tinte azul las manchas morenas de los cantos y se amataba, en lo hondo de la transparencia, el lecho de arena coloreada en contraste. Crecía en los alrededores de la ciudad, en roce estrecho con los muros de las últimas casas, una vegetación exuberante: huertas espesos canaverales tupidos, alfombras de verdura perpetua bajo el moteo de las flores. Y el cielo, de una claridad a veces deslumbradora, vertía sin cesar sobre ese campo y las calles que en él trazaban los grupos de casas, ondas de luz que lo doraban todo. Así iluminado, nada había inerte ni feo: el lodo mismo irradiaba reflejos que parecían ennoblecerlo.

Martín Luis Guzmán

Una rata corrió a un venado,
y los venados al jaguar,
y los jaguares a los búfalos,
y los búfalos a la mar...

¡Sigan, sigan a los que se van!
¡Sigan a la rata, sigan al venado,
sigan a los búfalos y a la mar!

Miren que la rata que va delante
se lleva en las patas lana de bordar,
y con la lana bordó mi vestido,
y con el vestido me voy a casar.

¡Sigan y sigan la llamada,
corran sin aliento, corran sin parar
el cortejo de la novia,
el ramo y el velo nupcial!
¡Vuelen campanas, vuelen torres
por las bodas en la Catedral!

Gabriela Mistral

La sierra de Puebla

La travesía por caminos de herradura y panoramas de incomparable majestad resultó fascinante. Según bajábamos la meseta, el trópico se abría a nuestra contemplación, feraz y bienoliente a plantas y flores raras. De la falda de una colina arrancó alguien piñas maduras y las comimos sobre el caballo. En los ranchos de caña, el viejo trapiche funcionaba todavía . . . Una impresión de comodidad física, de contento de todos los sentidos, invade el organismo deshecho, entumecido por el clima de la mesata. Y una suerte de bendición baja del cielo claro y dobla elegantemente las hojas de las palmeras. La tierra toda está cubierta de verdor y las montañas, revestidas de bosques, dan impresión de grandeza suave y armoniosa. Los caseríos están pintados de blanco, de azul o de amarillo . . . Los techos de palma seducen con su promesa de reposo y abrigo. En las quebradas, la gotera de algún arroyo remoto es pretexta para que broten y se queden colgando maravillosas orquídeas. Por el aire pasan pericos de esa tonalidad verde clara que reposa el mirar fatigado del diario trajín. Cuando la tarde cae, sube del valle un temblor de emoción.

José Vasconcelos

El telescopio

Cuando yo pasaba por este largo salón con piso de madera en que resonaban mis pasos, levantaba la vista y miraba a través de las ventanas. Y entonces veía allá, a lo lejos, en la torrecilla que surgía sobre el tejado, la veleta que giraba, giraba incesantemente

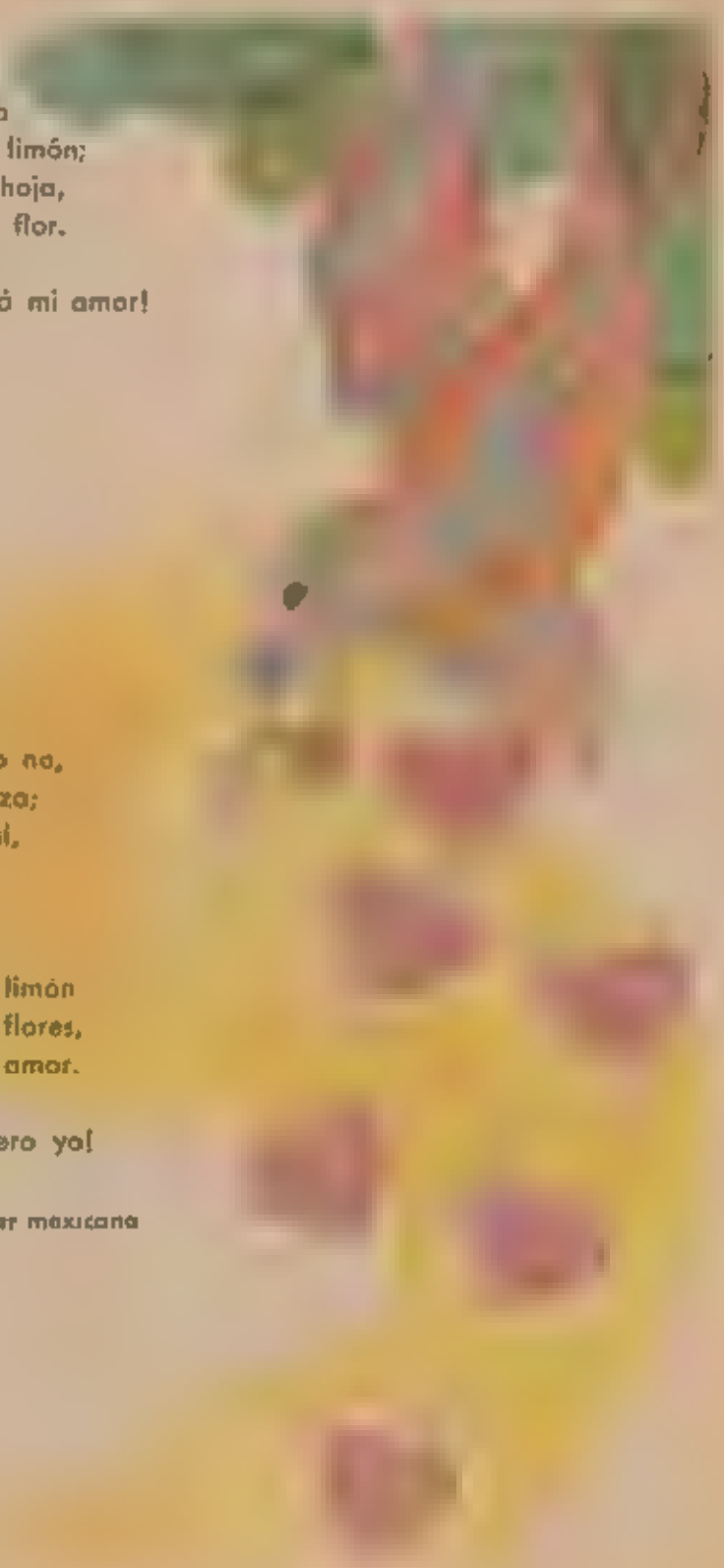
Unas veces marchaba lenta, suave, otras corría desesperada, vertiginosa. Y yo siempre la miraba, sintiendo en mi interior una profunda admiración, un poco inexplicable; esa veleta giraba sin parar sobre la ciudad

Esta torrecilla que he nombrado era el observatorio; en su cúpula había una hendidura que se abría y se cerraba, y por la que se asomaba, en las noches claras, un tubo misterioso y terrorífico. Todos nosotros sabíamos, nuestro padre nos lo había dicho, que tal tubo era un telescopio.

Una noche de primavera subí. Lucían pálidamente las estrellas; se destacaba en el cielo claro la luna. Hacia ella dirigimos el tubo misterioso. Y entonces, en esta noche tranquila, yo sentí que por primera vez entraba en mi alma una ráfaga de honda poesía y de anhelo inefable.

Azorín

La pájara pinta



Estaba la pájara pinta
sentadita en el verde limón;
con el pico recoge la hoja,
con las alas recoge la flor.
¡Ay sí, ay no!
¡Cuándo vendrá mi amor!

Dame una mano,
dame la otra,
dame un besito
que sea de tu boca.

Daré la media vuelta,
daré la vuelta entera;
daré un pasito atrás
haciendo reverencia.

Pero no, pero no, pero no,
porque me da verguenza;
pero sí, pero sí, pero sí,
porque te quiero a ti.

Estaba la pájara pinta
a la sombra del verde limón
con el pico recoge las flores,
con las alas recoge el amor.
¡Ay sí, ay no!
¡Cuánto te quiero yo!

Canción popular mexicana

Una mujer inolvidable

Para ella no existía eso que la gente llama días desgraciados; no se quejaba. Nosotros desconocíamos la tristeza. Todo era natural en nuestro mundo, en nuestro juego. La risa, las tortillas de harina, el café sin leche, las caídas y descalabradas, los hombres que pasaban corriendo en sus caballos, las noches sin estrellas, las lunas o el mediodía: todo, todo era nuestro, porque ésa era nuestra vida. Los cantos de mamá, sus regaños y su cara preciosa eran también nuestros. Parecíamos viejitos con ojos que se arrugaban para distinguir la vida, la luz, las tazas, las puertas, los panes. Nuestras piernas flaqueaban al tratar de subir o bajar. La falda de ella era el refugio salvador. Podía llover, tronar, caer centellas, soplar huracanes: nosotros estábamos allí, en aquella puerta gris, protegidos por ella. Su esbelta figura, con el caer de los pliegues de su enagua, hacía que nuestros ojos vieran una mamá inolvidable

Nellie Campobello

Perseo y la Medusa

Había una vez un monstruo con figura de mujer, llamado Medusa, que vivía en lo alto de una roca, junto al mar. Los cabellos de la Medusa eran serpientes vivas, y todos aquellos que la miraban quedaban convertidos en piedra.

Muchos habían intentado matarla, y muchos habían perecido en el intento. ¡Había tantas estatuas de piedra alrededor del peñasco donde vivía la Medusa. . .!

Un joven llamado Perseo decidió acabar con ella. Sus amigos querían disuadirlo.

—Ya sabes lo que ha pasado con todos los que quisieron luchar contra ella —le decían.

Pero él contestaba:

—Yo tengo mis planes.

Perseo subió hasta la roca y, cuando apareció el horrible monstruo, en vez de mirarlo y empuñar la espada, sacó un espejo. La Medusa, al verse en él, quedó convertida inmediatamente en estatua de piedra.

Desde entonces los marineros contaban la hazaña de Perseo cada vez que sus naves pasaban junto a la roca de la Medusa.

Mito griego

La tarde

Ruedan las olas frágiles
de los atardeceres
como limpias canciones de mujeres.

Cantarcillo

Salen las barcas al amanecer.
No se dejan amar,
pues suelen no volver
o sólo regresan a descansar.

El faro

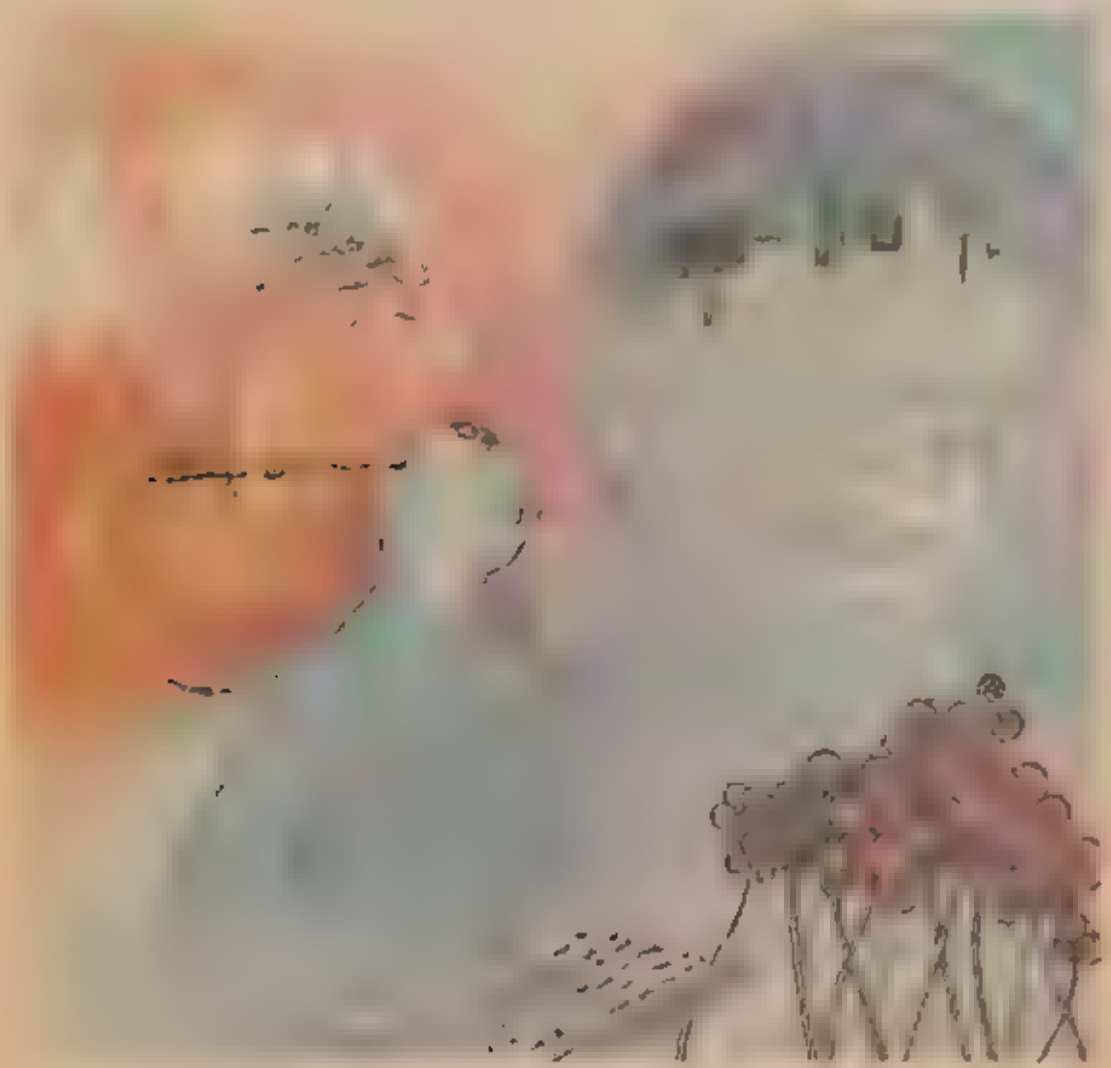
Rubio pastor de barcas pescadoras.

José Gorostiza

En Marte

Había en el planeta Marte, a orillas de un mar seco, una casa de columnas de cristal. Todas las mañanas se podía ver a la señora K, comiendo la fruta dorada que brotaba de las paredes de cristal, o limpiando la casa con puñados de un polvo magnético que recogía la suciedad y luego se dispersaba en el viento cálido. Por la tarde, cuando el mar fósil yacía inmóvil y tibio, y las parras se erguían tiesamente en los patios, y en el distante y recogido pueblecito morciano nadie salía a la calle, se podía ver en su cuarto al señor K, leyendo un libro de metal con jeroglíficos en relieve, sobre los cuales pasaba suavemente la mano como quien toca el arpa. Y del libro, al contacto de los dedos, surgía un canto, una voz antigua y suave que hablaba del tiempo en que el mar bañaba las costas con vapores rojos y los hombres lanzaban al combate nubes de insectos metálicos y arañas eléctricas.

Ray Bradbury



Dos amibas amigas

Dos amibas vivían muy contentas en el estómago de Fausto, relativamente cerca del píloro. Pasaban la vida cómodamente, comían muy bien y nunca trabajaban: eran lo que se llama unas parásitas. Se querían mucho, eran buenas amigas, pero de vez en cuando entraban en fuertes discusiones porque tenían temperamentos muy distintos y cada una aprovechaba su ocio de manera diferente: una era muy pensativa y siempre se preguntaba qué sucedería al día siguiente; la otra, en cambio, era muy glotona, se pasaba el día comiendo y prefería vivir con gusto cada instante de su vida sin pensar en el mañana.

Una vez, a la hora de la comida, la amiba pensativa le platicó a su compañera lo que había estado pensando esa mañana:

—A lo mejor —le dijo— el mundo que nos rodea, los ríos, las montañas, los valles, los grandísimos canales, el cielo, no son tan grandes como los vemos; a lo mejor este mundo es muy pequeñito y todos los que vivimos aquí no somos más que unos bichitos diminutos que estamos adentro de otro bicho más grande, y ese otro bicho está en otro más grande y...

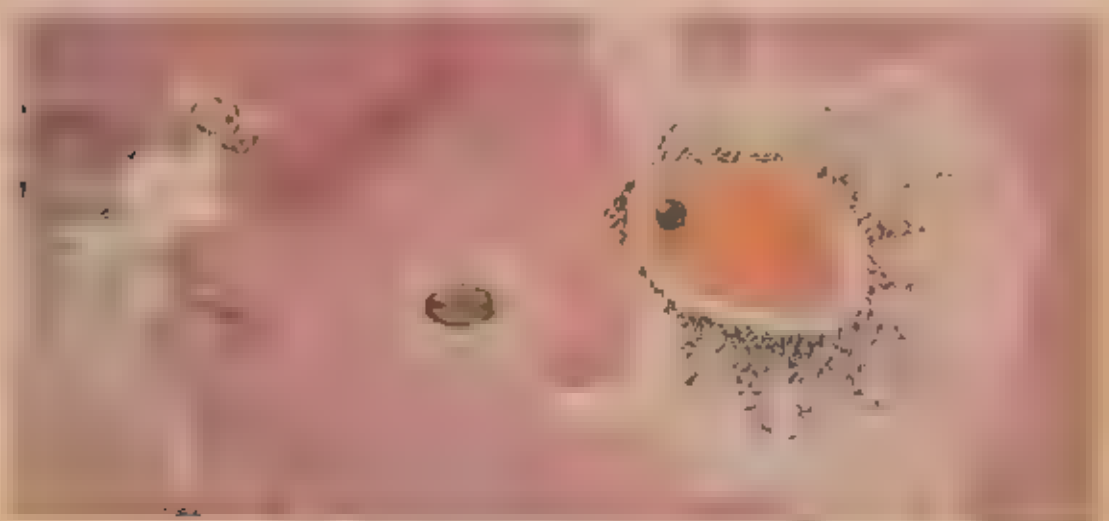
La amiba glotona, que estaba comiéndose una lenteja gigantesca, le dijo que eso no era posible y que consideraba una manera de perder el tiempo pensar en esas tonterías.

Cuando Fausto terminó el plato de lentejas que estaba comiendo, se tomó una medicina y las dos amibas desaparecieron.

Fausto y Enrique, su gordísimo invitado, se quedaron platicando de sobremesa. Fausto decía que a lo mejor el hombre no era más que un bichito diminuto que vivía adentro de otro bicho más grande... Pero Enrique, que no había acabado de comerse su inmenso plato de lentejas, lo interrumpió:

—Eso no es posible —le dijo—, y creo que es una manera de perder el tiempo pensar en esas tonterías...

Gonzalo Celorio



La gallina

Apenas se abre la puerta, salta del gallinero con las patas muy juntas.

Es una gallina común y corriente, de apariencia modesta y que jamás ha puesto huevos de oro.

Deslumbrada, titubeante, avanza algunos pasos por el corral.

Va en busca del montón de cenizas en que, cada mañana, acostumbra retozar.

Allí rueda y se remoja y, con una viva agitación de alas y con las plumas infladas, se sacude las pulgas de la noche.

Luego va a beber al plato hondo que el último aguacero ha llenado.

Sólo bebe agua.

Bebe poco a poco y endereza el cuello, en equilibrio sobre el borde del plato.

En seguida busca sus alimentos dispersos.

Hierbas finas, insectos y semillas perdidas.

Pica y pica, infatigable.

De vez en cuando se detiene.

Y cuando está segura de que no hay nada nuevo continúa su búsqueda.

Levanta sus patas tensas, como los que padecen de gota. Separa los dedos y los apoya con precaución, sin ruido.

Se diría que camina descalza.

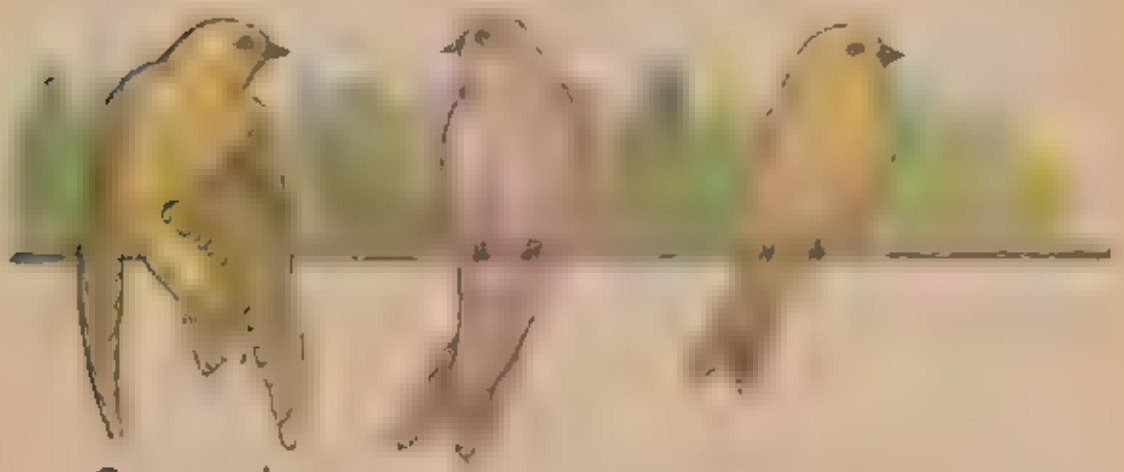
Jules Renard

(traducción de José Emilio Pacheco)

Los canarios

Al despertar, extrañan la tibieza del nido,
saltan de los barrotes de la jaula sonora
y se quedan de nuevo con el piquito hundido
en el plumón rosado del ala de la aurora
Después se vuelve canto su sueño interrumpido

Jaime Torres Bodet



Oro en polvo

¡Quién fuera mariposa!
Flor del aire, luciente y fugitiva...
¡Envidio esa existencia temblorosa
que siempre, en pago de la miel que liba,
deja un polvo de oro en cada rosa! ...

Carlos R. Moncada

Macondo

Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construídas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo. Todos los años, por el mes de marzo, una familia de gitanos desarrapados plantaba su carpa cerca de la aldea, y con un grande alboroto de pitos y timbales daban a conocer los nuevos inventos. Primero llevaron el imán. Un gitano corpulento, de barba montaraz y manos de gorrión, que se presentó con el nombre de Melquíades, hizo una truculenta demostración pública de lo que él mismo llamaba la octava maravilla de los sabios alquimistas de Macedonia. Fue de casa en casa arrastrando dos lingotes metálicos, y todo el mundo se espantó de ver que los calderos, las pailas, las tenazas y los anafes se caían de su sitio, y las maderas crujían por la desesperación de los clavos y los tornillos tratando de desencajarse, y aun los objetos perdidos desde hacía mucho tiempo aparecían por donde más se les había buscado, y se arrastraban en desbandada turbulenta detrás de los fierros mágicos de Melquíades. "Las cosas tienen vida propia —pregonaba el gitano con áspero acento—, todo es cuestión de despertarles el ánima".

Gabriel García Márquez

El narrador

Había una vez un hombre a quien todos querían porque contaba historias muy bonitas.

Diariamente salía por la mañana de su aldea, y cuando volvía al atardecer, los trabajadores, cansados de trajinar todo el día, se agrupaban junto a él y le decían:

—¡Anda, cuéntanos lo que has visto hoy!

Y él contestaba:

—He visto en el bosque a un fauno que tocaba la flauta, y a su alrededor a muchos enanitos con sus gorras de colores, bailando alegremente.

—¿Qué otra cosa viste? —le preguntaban los hombres, que no se cansaban de escucharlo.

—Cuando llegué a la orilla del mar, ¡a que no se imaginan lo que vi!

—No, no podemos imaginar nada. Dinos lo que pasó a la orilla del mar.

—Pues vi a tres sirenas, sí señores, a tres sirenas que con un peine de oro peinaban sus cabellos verdes.

Y los hombres lo amaban, porque les contaba hermosas historias.

Una mañana salió de su aldea como todas las mañanas, pero cuando llegó a la orilla del mar vio a tres sirenas, que al borde de las olas peinaban sus cabellos verdes con su peine de oro. Y cuando llegó al bosque vio a un fauno que tocaba la flauta, mientras los enanitos bailaban a su alrededor

Esa tarde, al volver a su aldea, los trabajadores le dijeron como de costumbre:

—¡Anda, cuéntanos lo que has visto hoy!

Y él contestó.

—Hoy no he visto nada.

Oscar Wilde

El sapo

Salto de vez en cuando, sólo para comprobar su radical estatismo. El salto tiene algo de latido: viéndolo bien, el sapo es todo corazón.

Prensado en un bloque de lodo frío, el sapo se sumerge en el invierno como una lamentable crisálida. Se despierta en primavera, consciente de que ninguna metamorfosis se ha operado en él. Es más sapo que nunca, en su profunda desecación. Aguarda en silencio las primeras lluvias.

Y un buen día surge de la tierra blanda, pesado de humedad, henchido de savia rencorosa, como un corazón tirado al suelo. En su actitud de esfinge hay una secreta proposición de canje, y la fealdad del sapo aparece ante nosotros con una abrumadora cualidad de espejo.

Juan José Arreola

Vida perdurable

No puedo enviarte ni una flor de esta jubilosa primavera ni un solo rayo de oro de esa nube remota.

Abre tus puertas y mira a lo lejos.

En tu florido jardín recoge los perfumados recuerdos de las flores, hoy marchitas de hace cien años.

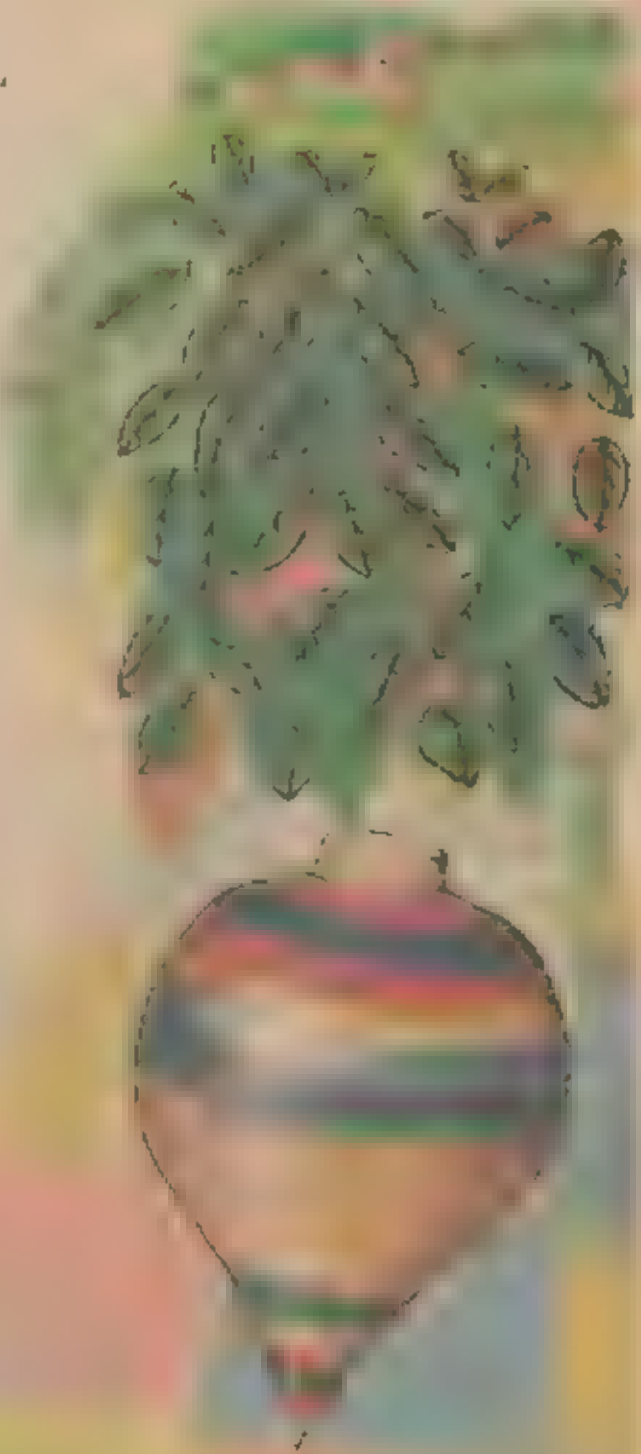
Y te deseo que sientas, en la alegría de tu corazón, la viva alegría que floreció una mañana de primavera, cuya voz tenue canta a través de cien años.

Rabindranath Tagore

Romance de la infancia

Trompo de siete colores,
sobre el patio de la escuela,
donde la tarde esparcía
sonrisas de madreselva;
donde crecían alegres
cogollos y yerbabuena.
Trompo de siete colores,
mi corazón te recuerda.
Bailabas mirando al cielo,
clavada la púa en la tierra.
Fingías dormir inmóvil,
dabas vueltas y más vueltas,
y florecida en ti mismo
danzaba la primavera,
porque tu cuerpo lucía
pinturas de flores nuevas.
Trompo de siete colores,
mi corazón te recuerda,
y en su automóvil de sueños
a contemplarte regresa.
¡Y qué suavidad tiene
la ruta que el alma inventa
para volver a su infancia
que se quedó en una aldea!

Alejandro Galaz



El elefante

Viene desde el fondo de las edades y es el último modelo terrestre de maquinaria pesada, envuelto en su funda de lona. Parece colosal porque está construido con puras células vivientes y dotado de inteligencia y memoria. Dentro de la acumulación material de su cuerpo, los cinco sentidos funcionan como aparatos de precisión y nada se le escapa. Aunque de pura vejez hereditaria son ahora calvos de nacimiento, la congelación siberiana nos ha devuelto algunos ejemplares lanudos. ¿Cuántos años hace que los elefantes perdieron el pelo? En vez de calcular, vámonos todos al circo y juguemos a ser los nietos del elefante, ese abuelo pueril que ahora se bambolea al compás de una polka . . .

No. Mejor hablemos del marfil. Esa noble sustancia, dura y uniforme, que los paquidermos empujan secretamente con todo el peso de su cuerpo, como una material expresión de pensamiento. El marfil, que sale de la cabeza y que desarrolla en el vacío dos curvas y despejados estalactitas. En ellas, la paciente fantasía de los chinos ha labrado todos los sueños formales del elefante.

Juan José Arreola

La mariposa

¿Que es o que dice el ave roja de los dioses?
Es cual un repicar de sonidos,
anda chupando miel.
¡Que se deleite: ya se abre su corazón:
es una flor!
Ya viene ya viene la mariposa:
viene, viene volando;
viene abriendo sus alas,
sobre las flores anda chupando miel.
Que se deleite ya se abre su corazón.
es una flor!

Anónimo de Tenochtitlan

(traducción de Ángel María Garibay K.)

Una noche en el norte de Europa

A las nueve se oculta el sol. La oscuridad se esparce sobre la tierra y brillan algunas estrellas. Después se comienza a distinguir el reflejo de la luna.

Marcho al bosque con mi escopeta y mi perro . . . Enciendo fuego y la luz alumbra los troncos de los pinos.

Comienza la helada. ¡La primera noche de helada! Pienso y me estremezco con alegría loca por hallarme allí a semejante hora . . .

¡Alabemos la oscuridad, las noches solitarias de los bosques, el murmullo de los árboles y la dulce armonía del silencio! ¡Alabemos las hojas verdes y las hojas amarillas, y la tranquilidad maravillosa de la tierra!

¡Gracias a la noche solitaria, a las montañas, a la oscuridad, al rumor del mar! La sangre golpea en mi corazón. ¡Gracias por mi existencia, por mi alimento, por el privilegio de vivir esta noche!

Veo una telaraña que brilla a la luz de mi hoguera . . . Veo una aurora boreal encenderse sobre el cielo del norte.

La luna asciende siguiendo su camino. El fuego de mi hoguera comienza a apagarse. Ya muy avanzada la noche vuelvo a mi casa

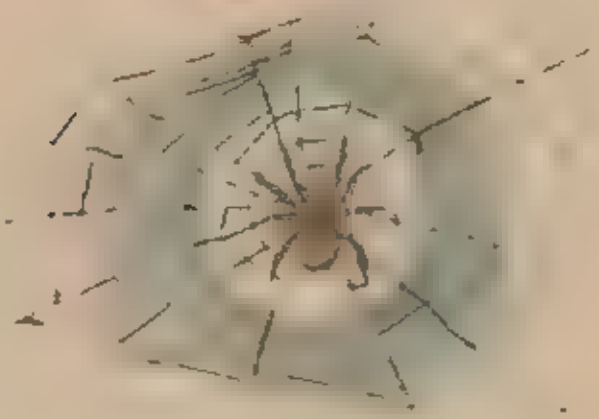
Knut Hamsum

Mariposa nocturna

¡Devuelve a la desnuda rama,
nocturna mariposa,
las hojas secas de tus alas!

La araña

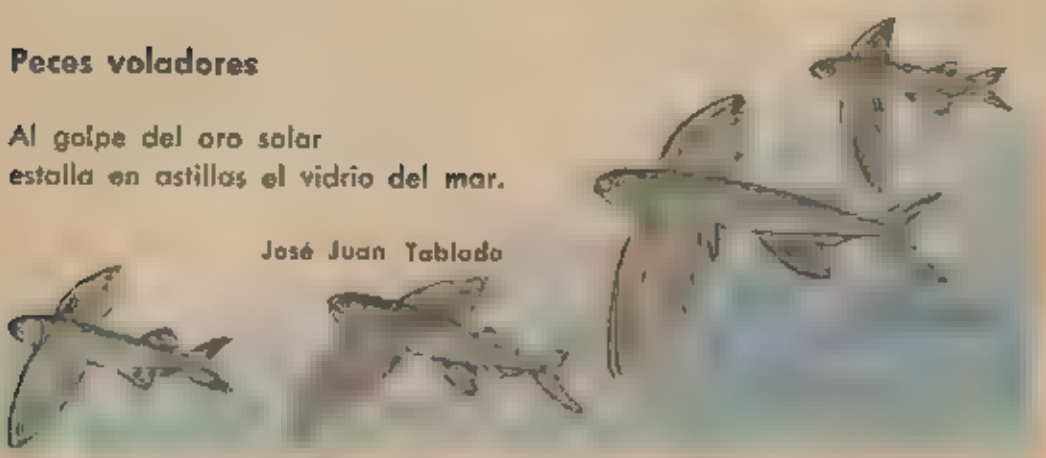
Recorriendo su tela,
esta luna clarísima
tiene a la araña en vela.



Peces voladores

Al golpe del oro solar
estalla en astillas el vidrio del mar.

José Juan Tablada



Moby Dick

Lo que lo distinguía de otros ballenas no era tanto su volumen, sino más bien su frente peculiar, blanca como la nieve y arrugada, y una alta joroba piramidal y blanca. Ésas eran sus características más salientes, las señales por las cuales, aun en los mares sin límites y sin cartografiar, revelaba a gran distancia y a quienes la conocían, su identidad. El resto del cuerpo estaba tan rayado y manchado y lleno de lunares de tonalidad de mortaja, que, en último término, había ganado el apelativo que la distinguía: "ballena blanca", un nombre, en verdad, justificado literalmente por su vívido aspecto cuando se le veía deslizándose en pleno mediodía a través de un mar azul profundo, dejando una estela lechosa de espuma como crema, toda rayada de brillos dorados.

Pero no era propiamente su desacostumbrada magnitud, ni su notable tonalidad, ni aún su deformada mandíbula inferior, lo que tanto terror natural producía en el ballenero; era su malicia inteligente y sin ejemplo, que, de acuerdo con relatos precisos, había mostrado una y otra vez durante sus ataques. Más que todo, sus retiradas traicioneras producían una confusión que superaba a cualquier otra cosa. Porque, mientras nadaba ante sus entusiasmados perseguidores con todos los síntomas de alarma, más de una vez se le había visto volverse de pronto y, cargando sobre ellos, desfondar el bote haciéndolo astillas, u obligarlos, llenos de consternación, a retornar a sus buques.

Herman Melville

La ceiba

El árbol bonito y alegre de la ceiba tiene el tronco liso y ancho y ramas largas y rectas, como un techo. De ahí cuelgan sus nidos los yuyumes de color de oro, que cantan al sol de la mañana, y allí se paran a acariciarse las palomas.

El viento bueno hace su casa en la copa de la ceiba, y las mariposas radiantes de alas azules y verdes vuelan a rededor

La tierra en que este árbol siembra sus raíces está siempre húmeda y viva. Porque es santo y amoroso, da la sombra de la felicidad. Y por eso los hombres buenos, cuando mueren, van a sentarse debajo de la ceiba grande, que está allá arriba del cielo alto. Allí tienen siempre buen tiempo y alegría, y lo mismo es para ellos un año que otro año.

Los hombres antiguos sembraban este árbol en medio de las plazas de sus pueblos, como mostrando que él era el centro de la vida y del mundo. Él estaba en medio de todas las casas y las protegía y daba tranquilidad.

Debajo de la ceiba se hacían las fiestas a los huéspedes y se ataban los amores puros, y allí se llevaban las colmenas para cosechar la miel.

Así es el árbol bueno que hay en el Mayab. Cuando vayas por tu camino mira bien los árboles y escoge.

Antonio Médiz Bolio

Una nube blanca
una nube azul,
en la nube un sueño
y en el sueño, tu

Gaviotas del norte,
luceros del sur,
sobre el mar el cielo
y en el cielo, tu

Musica de errantes
cítaras de luz,
y luz en el alma
y en el alma, tu

Las ondas me traen
cartas de Perú,
y en las cartas besos
y en los besos, tu

Tu en la noche blanca,
tu en la noche azul,
y en lo misteriosa,
dulcemente tu

Rafael Heliodoro Valle

Cansados de buscar, terminamos por dejarla sin nombre.

Se llama simplemente "la vaca", porque es el nombre que mejor le queda.

Además, qué le importa con tal de comer. Así pues, tiene a discreción hierba fresca, heno seco, legumbres, granos e incluso pan y sal. Y come de todo, todo el tiempo; come dos veces, puesto que rumia.

En cuanto me ve, acude con pasitos ligeros, con sus pezuñas hendidas, la piel muy restirada sobre sus patas como una media blanca. Y llega segura de que le voy a dar algo de comer. Y admirándola cada vez no puedo menos que decirle: ten, come.

Con todo lo que absorbe hace leche y no grasa. A hora fija, ofrece sus repletas ubres fornidos. No retiene la leche —hay vacas que la retienen— sino que por sus cuatro pezones elásticos, apenas presionados, vacía su fuente con generosidad. No mueve las patas ni la cola, pero con su lengua enorme y flexible se divierte en lamer la espalda de la ordeñadora.

Aunque vive sola, el apetito la salva del tedio. Es rara que muja de pesar ante el vago recuerdo de su último becerro. Le gustan las visitas y es buena anfitriona, con sus cuernos recogidos sobre la frente y sus belfos engolosinados de los que pende un hilo de agua o una brizna de hierba.

Los hombres, que no temen a nada, acarician su vientre desbordante. Las mujeres, asombradas de que una bestia tan corpulenta sea tan dulce, no desconfían de sus halagos y tienen sueños de dicha.

Le encanta que la rasque entre los cuernos. Retrocede un poco, porque ella, movida por el placer, se me aproxima, y el enorme y bondadoso animal se deja acariciar hasta que tengo los pies metidos en su bonigo.

Jules Renard

(traducción de José Emilio Pacheco)

Yo voy soñando caminos

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Los colinos
dorados, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!

¿Adónde el camino irá?
Yo voy contando, viajero,
a lo largo del sendero . .
—La tarde cayendo está—.

"En el corazón tenía
la espina de una pasión,
logré arrancármela un día:
ya no siento el corazón."

Y todo el campo un momento
se queda mudo y sombrío,
meditando. Suena el viento
en los álamos del río.

La tarde más se oscurece;
y el camino que serpea
y débilmente blanquea,
se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve a plañir:
"Aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada."

Antonio Machado

Lanzóse audaz a la región sombría
y era, al herir aquel cielo distante,
un surtidor de fuego palpitante
que en las ondas del aire se envolvía.

Viva su luz, como la luz del día,
en las alturas zigzagueó vibrante
cuando la luna, en el azul brillante,
como una rosa nívea aparecía.

Perdióse en tanto su fulgor rojizo
paró de pronto su silvar sonoro,
y tronando potente se deshizo
en un raudal de lágrimas de oro.

Salvador Rueda

Sube el cohete vestido de máscara con una cerrada y estrecha túnica de lata, y cuando ya no podemos alcanzarle, quitase el antifaz lanza un grito burlón, y para mofarse mas aun de nosotros, esplendido, el loco, el príncipe magnífico sacude su escarcela dejando caer una brillante cascada de piedras preciosas, que nos sacude de codicia Pero esas joyas refulgentes no llegan jamas a nuestras manos ya tendidas y abiertas— porque se pierden misteriosas, se deshacen juguetonas en el aire

Manuel Gutiérrez Nájera

Al llegar a la playa hizo una armazón de serpientes, y una vez formada, se sentó sobre ella y se sirvió de ella como de un barco. Se fue alejando, se deslizó en las aguas y nadie sabe cómo llegó al lugar del Color Rojo. Cuando llegó a la orilla del inmenso mar, se vio en las aguas como en un espejo. Su rostro era hermoso otra vez. Se ataviá con los más bellos ropajes y, habiendo encendido una gran hoguera, en ella se arrojó. Mientras ardía se alzaban sus cenizas y las aves de ricos plumajes vinieron a ver cómo ardía: el petirrojo, el ave color de turquesa, el ave tornasol, el ave roja y azul, la de amarillo dorado, y mil aves preciosas más.

Cuando la hoguera cesó de arder, se alzó su corazón y hasta los cielos llegó. Allí se mudó en estrella, y esa estrella es el lucero del alba y del crepúsculo. Antes había bajado al reino de los muertos y, tras siete días de estar allí, subió mudado en astro.

Leyenda náhuatl

Es para que la cantes
esta canción:
La rosa de los vientos,
el corazón.

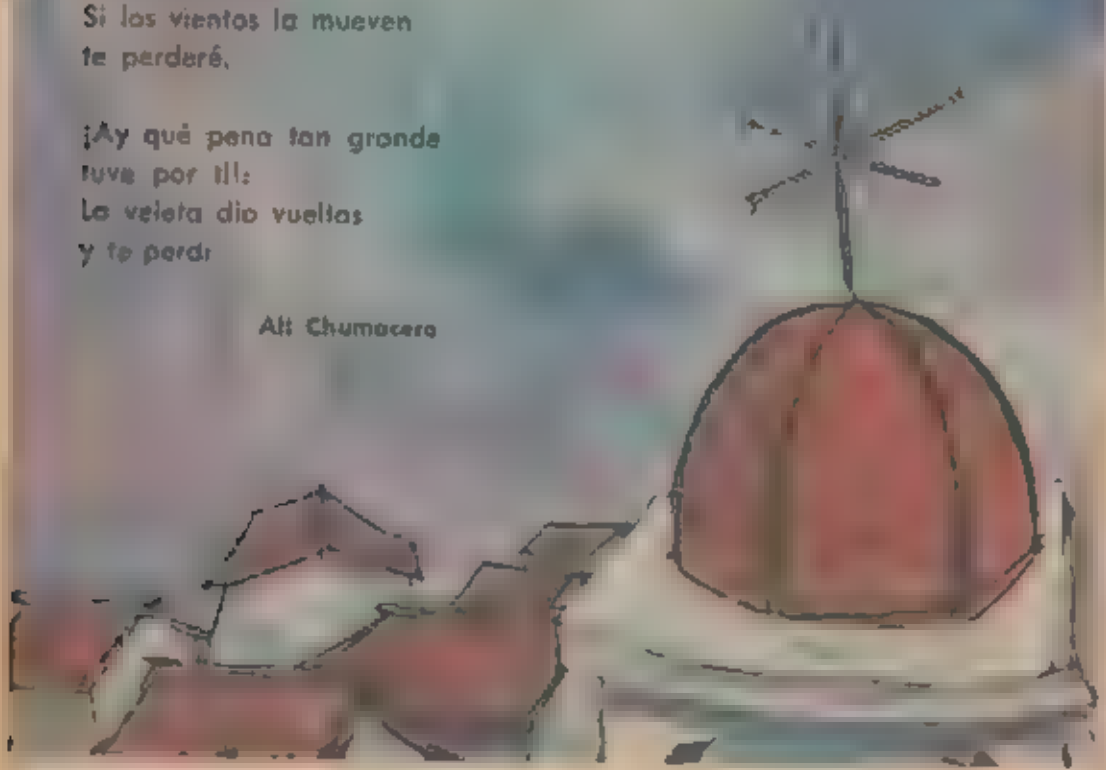
La rosa de los vientos
no está quieta
La rosa de los vientos,
una veleta

La veleta se mueve
con su pinar
y los vientos marinos
vuelven al mar.

¡Ay qué pena tan grande
por ti tendré!
Si los vientos la mueven
te perderé.

¡Ay qué pena tan grande
tuve por ti!
La veleta dio vueltas
y te perdí

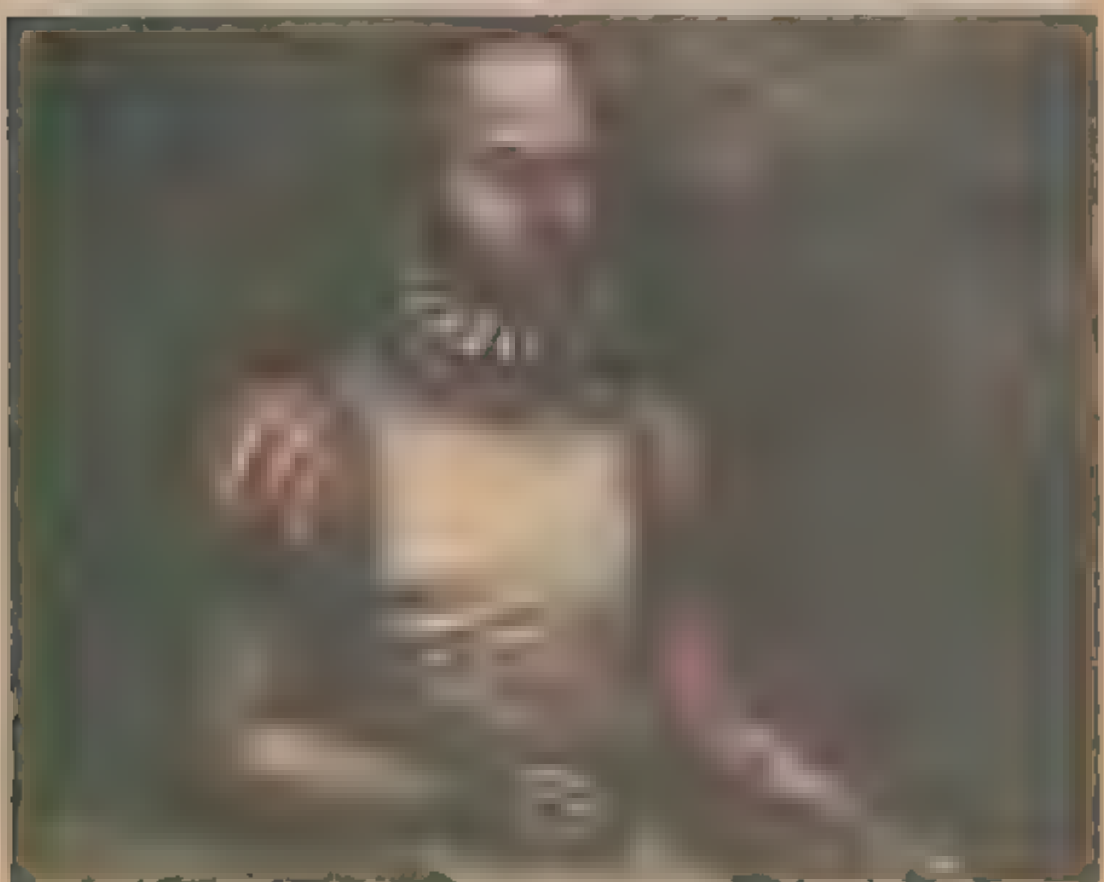
Alí Chumacero



Autorretrato

Éste que véis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, de frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y éstos mal acondicionados y peor puestos, sin correspondencia de los unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies; éste, digo que es el rostro del autor de *Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha*. . . y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño: llámese comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra. Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades; perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda, de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V.

Miguel de Cervantes Saavedra



Belleza del canto

Las [illegible] esmeraldas
[illegible] las flores
[illegible] canto
[illegible] flores en México
[illegible] está alumbrando

Moctezuma II

La poesía

¡Lo he comprendido al fin:
oigo un canto; veo una flor,
oh, que jamás se marchiten!

Nezahualcoyotl

La flor y el canto

Brotan las flores, están frescas, medran,
abren su corola.
De tu interior salen las flores del canto,
tú, oh poeta, las derramas sobre los demás.

Anónimo de Chalco
traducciones de Angel María Garibay K.)

Durante la Guerra de Independencia, el general Morelos recibió de parte de un amigo una carta que decía: "Sé de buena fuente que el Virrey ha pagado a un asesino para que lo mate a usted; pero no puedo darle más señas de ese hombre sino que es muy barrigón.

Era la hora del almuerzo cuando Morelos recibió la carta, y estaba leyendola atentamente cuando un individuo de abultado abdomen se presentó ante él, pidiéndole lo admitiera en su ejército para prestar sus servicios en bien de la independencia nacional. Don José María Morelos, sonriente, hizo que el huésped se sentara a su derecha; compartió con él su sencillo almuerzo, y salió después a recorrer su campamento. Volvió a la hora de la cena, y volvió a colocar al desconocido a su derecha. Después de cenar, ordenó que junto a la suya, se colocara otra cama para el forastero; apagó la luz, se volvió del lado de la pared y pronto se quedó dormido, como duermen las personas que nada tienen que temer.

El hombre que había ido a asesinar al general, espantado de tanta serenidad, no se atrevió a obedecer las órdenes del Virrey, y por la noche salió sin hacer ruido del campamento y huyó.

Al clarear el día, se incorporó el señor Morelos, y lo primero que hizo fue mirar hacia la cama cercana, pero vio que estaba vacía.

—¿Qué pasó con el hombre que anoche durmió aquí? —le preguntó al asistente.

—Señor —le contestó el soldado—, dicen que en la madrugada ensilló su caballo, montó y se fue.

El general Morelos pidió un papel para escribir un recado, y con su letra gorda, clara y firme contestó a su amigo: "Le doy mil gracias por su aviso; pero puedo asegurarle que a esta hora no hay en este campamento más barrigón que yo".

Eduardo E. Zárate

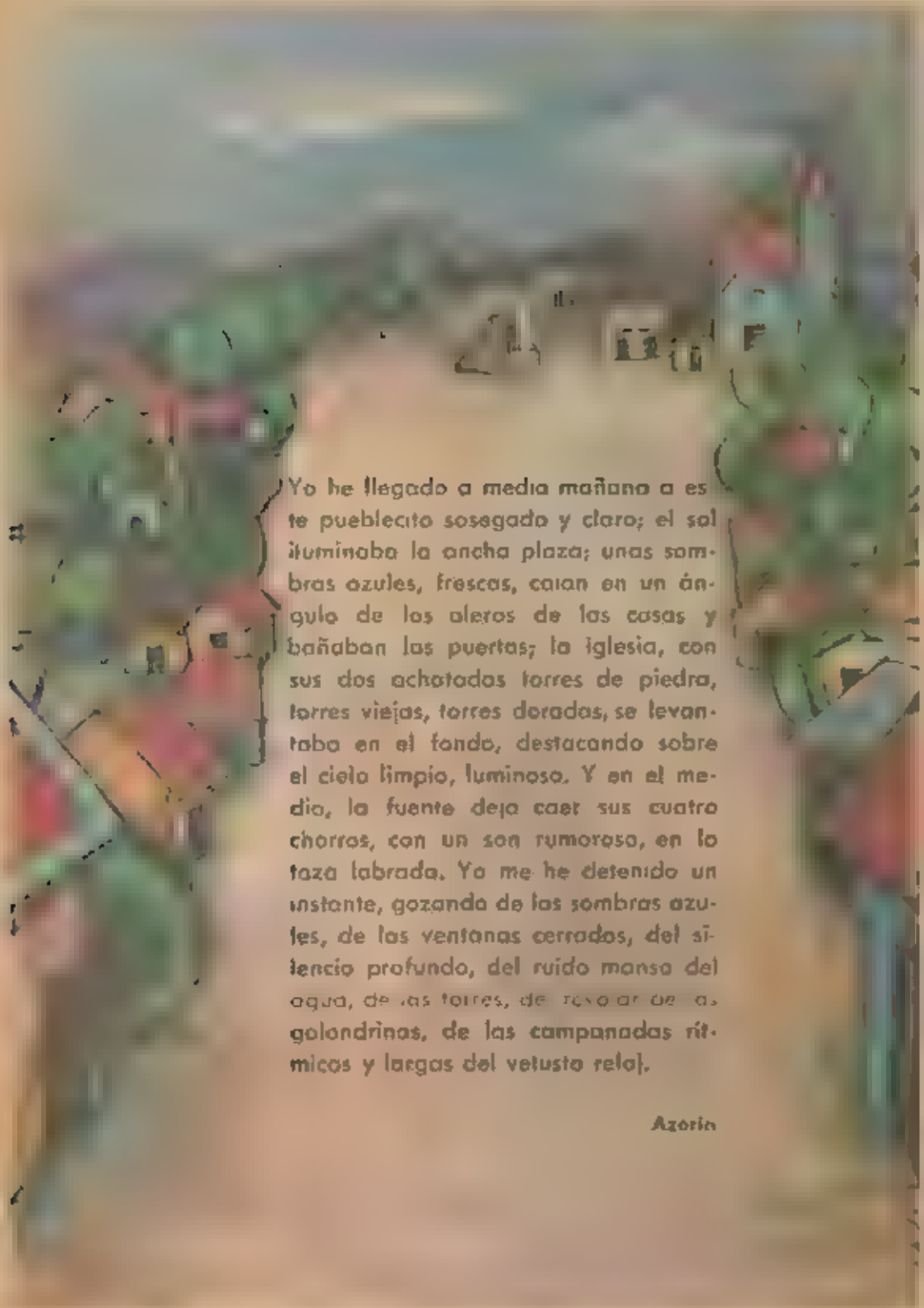
Al principio es sólo una ilusión de óptica: nos parece que la arista rugosa de una piedra rajada hubiera empezado a echar un brote. Poco después, la ilusión toma cuerpo. Es una lagartija que va sacando su cuerpo de vieja por la grieta en sombra. El animalito vacila; los dos puntos rojizos y brillantes de los ojos acechan, mirando atentos los alrededores. Al fin se decide, pero sale despacio, desconfiada y palpitante. Se detiene unos minutos, gozando la tibieza del sol, y la luz hace brillar su piel de seda. En la claridad se dibuja el fino perfil caprichoso de animal casi fantástico: graciosa mezcla de rana y de serpiente.

La piedra es gris, ocre, blanquecina, un poco azulada y otro poco violeta. Sobre este arco iris, desteñido y polvoriento, es más rico y llamativo el verde oro que tiñe el cuerpo de la lagartija. Y es más gracioso el relámpago zigzagueante con que el animalito escapa rápido.

Carlos H. Magis

Fueron a cazar guitarras,
bajo la luna llena.
Y trajeron ésta,
pálida, fina, esbelta,
ojos de inagotable mulata,
cintura de ardiente madera
Es joven apenas vuela.
Pero ya canta
cuando oye en otras jaulas
aletear sones y coplas
los sonesombres y las coplasolas.
Hay en su jaula esta inscripción:
"Cuidado suena"

Nicolás Guillén



Yo he llegado a media mañana a este pueblecito sosegado y claro; el sol iluminaba la ancha plaza; unas sombras azules, frescas, caían en un ángulo de los aleros de las casas y bañaban las puertas; la iglesia, con sus dos achatadas torres de piedra, torres viejas, torres doradas, se levantaba en el fondo, destacando sobre el cielo limpio, luminoso. Y en el medio, la fuente deja caer sus cuatro chorros, con un son rumoroso, en la taza labrada. Yo me he detenido un instante, gozando de las sombras azules, de las ventanas cerradas, del silencio profundo, del ruido manso del agua, de las torres, de revolar de las golondrinas, de las campanadas rítmicas y largas del vetusto reloj.

Azorín

En el tren

En un carro de primera, viajan en el tren una señora, una señorita y un señor. El tren acaba de llegar a la estación.

Señor:

—Con permiso de ustedes, voy a bajar un momento.

Señora:

—Mire usted si el tren para bastante tiempo.

Señor:

—Creo que sí, porque le van a poner agua a la máquina.

Una voz:

—¡Dos minutos! ¡El tren para dos minutos, señores!

Otra voz:

—¡Galletas de canela, galletas de canela!

Señorita:

—Mamá, voy a comprar galletas.

Señora.

—Déjate de galletas, ya sabes que cuando está uno de viaje hay que tener cuidado con lo que se come. ¿Ves cómo he hecho muy bien en cambiar de carro? ¡Qué señor mas decente nos tocó de compañero! Yo tengo idea de haberlo visto en San Luis con una señora gordita, rechonchita ella. Tú debes acordarte, una vez que fuimos al cine. Acuérdate: estaban delante de nosotros y ella no te dejaba ver bien la película. La señora lloró mucho en las escenas tristes, y en las alegres también. ¿Te acuerdas?

Señorita:

—No, no me acuerdo, mamá.

Señora:

—¡Qué mala memoria tienes! En cambio yo con una vez que vea a una persona no se me despinta su cara, ni su figura ni nada.

Voces:

—¡Señores pasajeros, al tren! ¡Vaáamonoos!

Señora:

—¡Ay, ya están llamando, y el señor no viene! No vaya a dejarlo el tren. Asómate, hija. ¿Lo ves?

Señorita:

—No.

Señora:

—¡Falta un señor; falta un señor! ¡Que no se vaya el tren todavía, porque lo deja! ¡Qué barbaridad! ¿Adónde iría?

Señorita:

—Creo que no habrá cambiado de carro, porque aquí está su equipaje.

Señora:

—Eso sería lo de menos, porque podríamos echárselo por la ventanilla. ¿En dónde se habrá metido? ¿No oiría que sólo dos minutos se iba a parar el tren? ¡Vamos a echarle su equipaje; ayúdame, hija!

Señorita:

—¡Pobre señor! Por lo menos se quedará con su equipaje. ¡Ahora! ¡Cógelo de aquí, mamá! ¡Allá va!

Señora: *(al empleado del tren)*

—¡Es el equipaje de un señor que se ha quedado abajo! Alguien allá se lo entregará cuando aparezca. ¡Pero qué señor tan descuidado! Debiera saber que el tren a nadie espera. ¡Cómo se pondrá su familia cuando vea que el señor no llega! ¡Jesús mil veces, no quiero ni pensarlo! Yo lo siento porque con él íbamos bien acompañadas, y porque tenía una conversación tan agradable; se veía luego que era una persona educada.

(El tren llega a otra estación. En la puerta del carro aparece el pasajero)

Señora:

—¿Eh?

Señorita:

—¡Ah!

Señora:

—¿Está usted aquí?

Señor:

—Sí, iba en el furgón de la cola.

Señora:

—Pero . . . pero . . . ¿No lo había dejado el tren?

Señor:

—¿Qué pasó con mi equipaje? ¿Dónde está?

Señora:

—Usted perdone, señor; nosotros creímos que lo había dejado el tren, y por hacerle un favor . . .

Señor:

¿Que?

Señorita

Lo hemos tirado por la ventanilla

Señor:

—¿Y quién se lo mandó? ¿Por qué . . . ?

Señora:

—¡Nosotras, con la mejor intención . . . !

Señorita.

—¡Si lo hubiéramos sabido . . . !

Señor:

—¿Y ahora qué hago? ¡Tenían que hacer ustedes alguna atrocidad, ya lo estaba sospechando!

Señora:

—¡Pero mire usted cómo está tomando el asunto!

Señor:

—¿Pues cómo había de tomarlo? A ver, ¿cómo?

Señorita:

—Si al menos hubiera dicho adónde iba usted.

Señor:

—¡Están locas! ¡Cómo les iba a decir, punto por punto, adónde iba y lo que tenía que hacer!

Señora:

—Oiga, usted no tiene derecho a decirme loca, y a mi hija mucho menos. Y yo que lo creía gente con educación, cuando no la conoce ni por los forros. ¡Cómo se equivoca uno!

Señor:

—Pero usted sí la conoce, por lo visto.

Señora:

—Me está usted faltando al respeto, y eso sí que no lo soporto.

Señorita·

—¡Mamá, mamá, cálmate!

Una voz:

—¡Señores viajeros, al tren! ¡Señores viajeros, al tren!

Señora.

—Cuando lleguemos a la otra estación, verá usted quién soy yo.

Señor:

—Haga lo que quiera, ¿pero dónde está mi equipaje? ¿Dónde me lo dejarían? Usted tiene que dármelo.

Señora:

—¿Yo? Vaya usted a recogerlo a la estación que dejamos, si se lo han recogido para cuando usted vaya a reclamarlo, y . . .

Señorita:

—¡Mamá, mamá, señor, cálmense ya, por favor!

(Y sigue la disputa . . .)

Jacinto Benavente (versión de Armada de la Vara)

El arroyo

Este arroyo que me mira
con inocencia de pájaro
tiene los ojos azules
del horizonte serrano.

Por ellos habla la tierra
y el árbol está soñando,
por ellos oigo la queja
del firmamento estrellado.

Como el corazón herido
por un dolor sin descanso,
canta porque está muriendo,
muere porque está cantando.

Mitad sonora presencia
y mitad sueño lejano,
este arroyo es nuestra vida,
repartida en piedra y canto

Francisco Luis Bernárdez

El boyero

Todas las mañanas, al amanecer, me despertaba el canto de aquel desconocido pájaro madrugador, que anticipándose a las demás aves del monte cercano saludaba al día recién nacido.

—¿Qué pájaro es ése? —le pregunté a Fausto Ruiz, el viejo peón amigo que siempre me acompañaba en mis andanzas por el monte

—Es el boyero —me respondió—. Yo sé dónde tiene su nido. Te llevaré luego a verlo si me prometes estarte quieto y no hablar, porque es un pájaro muy arisco.

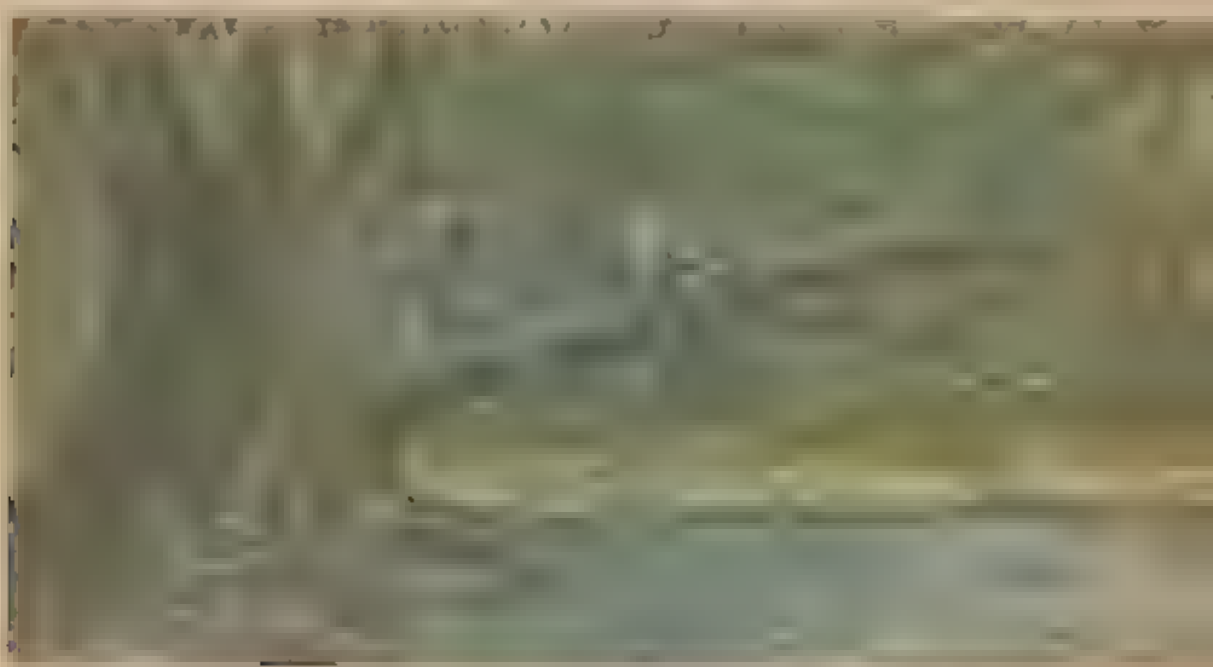
Y fiel a su palabra, me llevó esa tarde por los sinuosos caminitos del monte, que sólo él conocía, hasta la orilla del arroyo. Bordeando luego el cauce, llegamos a un lugar donde una alta barranca, cortada casi a pico, desaparecía bajo la rojiza maraña de los sarandíes.

Nos sentamos sobre una rama horizontal, y permanecimos inmóviles durante largo rato. De cuando en cuando, viendo mi impaciencia, Fausto me tranquilizaba con su amistosa sonrisa y un gesto que quería decir: "No te inquietes, que pronto va a venir".

Y así fue. Su brazo me señaló de pronto un pájaro llegado no sé cómo ni de dónde, que revoloteaba entre la fronda espesa, muy próximo a nosotros. Era más o menos del tamaño de un tordo, y negro como éste, pero tenía los bordes del pico y los extremos de las alas amarillos. Dando ágiles saltitos, iba de una rama a otra con visible inquietud, mientras sus vivaces ojillos escudriñaban sin cesar el contorno. Finalmente se detuvo y comenzó a silbar de un modo tenue, que apenas alcanzábamos a oír.

—Llama a su compañera —me susurró Fausto al oído

Confirmando sus palabras, un tri-



no parecido surgió de entre las ramas de abajo.

—Ahora verás lo mejor —agregó mi amigo.

Y fue entonces cuando descubrí, entre lo más espeso del ramaje, un curiosísimo nido, primorosamente trenzado con cerdas, que colgaba de una rama flexible a un metro escaso del agua. Era, por su forma y longitud, muy semejante a una media cerrada, pero sin pie. El borde superior dejaba ver apenas la cabeza del ave que a él se había asomado.

El primer boyero fue descendiendo a saltos cautelosos, y cuando estuvo allí, su compañera se internó en el nido para darle paso. Él penetró, a su vez, y la abertura del nido se cerró como si tuviera puerta. Yo estaba maravillado por todo lo que había visto.

Ya de regreso, Fausto me iba explicando con su tenue y calmada voz:

—¿Te diste cuenta? La hembra estaba en el nido porque tiene huevecillos y los está incubando. Mientras tanto, el macho se encarga de vigilar el contorno y traerle alimentos. Como el nido está colgado sobre el agua, y en una rama delgada, los animales del monte no pueden alcanzarlo.

—¿Y por qué no canta de tarde como de madrugada?

—Porque su misión es la de anunciar y recibir el día. La despedida de la luz está a cargo del zorzal. Cada uno cumple lo suyo aquí en el monte.

—¡Cuánto me gustaría tener un pichoncito de boyero! —le dije esperanzado a mi amigo.

—Los boyeros son muy escasos, y hay que dejarlos en libertad para que no se acabe la especie. Además, en la jaula, rara vez sobreviven. Y si lo hacen, ya no cantan tan lindo como en el monte. Porque los pájaros, como los hombres, necesitan de la libertad para vivir contentos.

Serafín J. García

La casa de José Arcadio Buendía

Al principio, José Arcadio Buendía era una especie de patriarca juvenil, que daba instrucciones para la siembra y consejos para la crianza de niños y animales, y colaboraba con todos, aun en el trabajo físico, para la buena marcha de la comunidad. Puesto que su casa fue desde el primer momento la mejor de la aldea, las otras fueron arregladas a su imagen y semejanza. Tenía una salita amplia y bien iluminada, un comedor en forma de terraza con flores de colores alegres, dos dormitorios, un patio con un castaño gigantesco, un huerto bien plantado y un corral donde vivían en comunidad pacífica los chivos, los cerdos y las gallinas. Los únicos animales prohibidos no sólo en la casa, sino en todo el poblado, eran los gallos de pelea.

La laboriosidad de Úrsula andaba a la par con la de su marido. Activa, menuda, severa, aquella mujer de nervios inquebrantables, a quien en ningún momento de su vida se la oyó cantar, parecía estar en todas partes desde el amanecer hasta muy entrada la noche, siempre perseguida por el suave susurro de sus pollerines de olán. Gracias a ella, los pisos de tierra golpeada, los muros de barro sin encalar, los rústicos muebles de madera construidos por ellos mismos estaban siempre limpios, y los viejos arcones donde se guardaba la ropa

exhalaban un tibio olor de albahaca.

José Arcadio Buendía, que era el hombre más emprendedor que se vería jamás en la aldea, había dispuesto de tal modo la posición de las casas, que desde todas podía llegarse al río y abastecerse de agua con igual esfuerzo, y trazó las calles con tan buen sentido que ninguna casa recibía más sol que otra a la hora del calor. En pocos años, Macondo fue una aldea más ordenada y laboriosa que cualquiera de las conocidas hasta entonces por sus 300 habitantes. Era en verdad una aldea feliz, donde nadie era mayor de treinta años y donde nadie había muerto.

Desde los tiempos de la fundación, José Arcadio Buendía construyó trampas y jaulas. En poco tiempo llenó de turpiales, canarios, azulejos y petirrojos no sólo la propia casa, sino todas las de la aldea. El concierto de tantos pájaros distintos llegó a ser tan aturdidor, que Úrsula se tapó los oídos con cera de abejas para no perder el sentido de la realidad. La primera vez que llegó la tribu de Melquíades vendiendo bolas de vidrio para el dolor de cabeza, todo el mundo se sorprendió de que hubieran podido encontrar aquella aldea perdida en el sopor de la ciénega, y los gitanos confesaron que se habían orientado por el canto de los pájaros.

Gabriel García Márquez

El recuerdo más hondo

Si camino paso a paso hasta el recuerdo más hondo, caigo en la húmeda barranca de Toistona, bordeada de helechos y de musgo entrañable. Allí hay una flor blanca. La perfumada estrellita de San Juan que prendió con su alfiler de aroma el primer recuerdo de mi vida terrestre: una tarde de infancia en que salí por primera vez a conocer el campo. Campo de Zapotlán, mojado por la lluvia de junio, llanura lineal de surcos innumerables. Tierra de pan humilde y de trabajo sencillo, tierra de hombres que giran en la ronda anual de las estaciones, que repasan su vida como un libro de horas y que orientan sus designios en las fases cambiantes de la luna. Zapotlan, tierra extendida y redonda, limitada por el suave declive de los montes, que sube por laderas y barrancas a perderse donde empieza el apogeo de los pinos. Tierra donde hay una laguna soñada que se disipa en la aurora. Una laguna infantil como un recuerdo que aparece y se pierde, llevándose sus juncos y sus verdes riberas . . .

Juan José Arreola

La silueta oscura de un hombre recortaba el arco luminoso del campanario. Era Pito Pérez, absorto en la contemplación del paisaje.

Sus grandes zapatos rotos hacían muecas de dolor, su pantalón parecía confeccionado con telarañas y su chaqueta, abrochada con un alfiler de seguridad, pedía socorro por todas las abiertas costuras sin que sus gritos lograran la conmiseración de las gentes. Un viejo carrete de paja nimbaba de oro la cabeza de Pito Pérez.

Debajo de tan miserable vestidura, el cuerpo, aún más miserable, mostraba sus pellejos descoloridos y el rostro pálido y enjuto, parecía el de un asceta consumido por los ayunos y las vigilias.

José Rubén Romero
(Fragmento)

Ha caído una estrella *(Poema del hombre que sueldo los rieles)*

(Fragmento)
¡Qué lindo,
vengan a ver qué lindo:
en medio de la calle ha caído una estrella,
y un hombre, enmascarado,
por ver qué tiene adentro, se está quemando en ella!
Estoy frente a un prodigio,
a ver quién me lo niega:
¡en medio de la calle ha caído una estrella!

Fernan Silva Valdés

Cielito lindo

Una flecha en el aire-
tiro Cupido,
y a tiró jugando —cielito lindo—
y a mi me ha herido.
Mortal herida,
que si tu no la curas —cielito lindo—
pierdo la vida.

¡Ay, ay, ay, ay!
Canta y no llores,
porque cantando se alegran —cielito lindo—
los corazones.

Morena de ojos negros
como mi suerte,
mirame, aunque con ellos —cielito lindo—
me des la muerte;
la muerte espero,
porque dejar de verlos —cielito lindo—
eso no puedo.

¡Ay, ay, ay, ay!
Canta y no llores,
porque cantando se alegran —cielito lindo—
los corazones.

Para que ya no dudes
de mi cariño,
abre mi corazon —cielito lindo
toma el cuchillo,
pero con tiento,
niña, no te lastimes —cielito lindo—
que estas adentro

¡Ay ay, ay, ay!
Canta y no llores,
porque cantando se alegran —cielito lindo—
los corazones

De domingo en domingo
te vengo a ver;
¡cuándo será domingo —cielito lindo—
para volver!
Yo bien quisiera
que toda la semana —cielito lindo—
domingo fuera.

¡Ay, ay, ay, ay!
Canta y no llores,
porque cantando se alegran —cielito lindo—
los corazones.

Canción popular mexicana

Por toda la casa se esparce un olor agridulce a membrillo, a orejones de calabacita y pera, a pasta de higo y a ejotes pasados por agua que, ensartados, forman largos collares verdes que cuelgan de los alambres puestos al sol para que se oreen. El día ha sido ajetreado; hay que aprovechar fruta y verdura para conservarla, por eso a casa desde muy temprano han estado llegando algunas mujeres invitadas con ese propósito.

Son estos últimos días de septiembre como un puente entre el calor sofocante y las primeras rachas de aire frío. El curso escolar empieza y hay una angustia agazapada, un temor anticipado de dejar la casa. Todo toma en este mes un aire de separación que nos hace andar con el corazón en un puño. Mi madre pasa muchas horas a la máquina bordando iniciales en la ropa interior, renovando los forros de las almohadas de pluma, que forma leves copos en las esquinas de la habitación y debajo de los muebles, pues el viento del norte empieza a soplar por la tarde y no deja cosa en su sitio. Hay que prepararse bien para este cambio de estación, pues al mediodía el sol calienta demasiado, pero el aire enfría cada vez más y hay un desequilibrio térmico que propicia tantas enfermedades. El campo está ahora como palúdico; el polvo que levantan las ruedas del carro se deposita sobre las hojas de las vinoramas y palofierros cercanos al camino, y los chiltepines buscan la protección de los árboles

más grandes mientras llegan las brigadas que han de despojarlo de su fruto pequeño, verde y picante como lumbre. Unos días más y en estos lugares se habrá vaciado la cuarta parte del pueblo ocupada en la recolección del famoso chiltepín, que ya envasado o suelto tiene gran demanda en el mercado. Durante esos días no habrá clases en la escuela del pueblo, pues los niños han resultado magníficos recolectores de chiltepín, con cuya venta habrá bastante para ir a hacer la visita anual a San Francisco Javier en Magdalena, fiesta que se celebra el cuatro de octubre, día de San Francisco de Asís.

Un poco más adelante la pequeña laguna del Represo nos hace guiños, mientras que el saúz, a la orilla del agua, levanta su verde arquitectura. Medio kilómetro escaso más allá, La Sauceda se acomoda entre mogotes chaparros. Luego el desierto comienza a insinuarse; remolinos de polvo que el viento levanta implacable; plantas pequeñas de raíces adventicias que arrastradas por la racha fría van envolviéndose hasta formar pelotas de ramas que pasan rodando, juguetes del viento; aislados ocotillos espinosos todavía con su manchita de flores rojas en la punta, y las "cabezas de viejo", peludas y polvorientas. Después la soledad, la arena medio rojiza y suelta y un gran silencio, como en las primeras edades de la creación, el espacio infinito, y encima, cubriéndolo todo, el cielo azul añil, inmaculado de nubes.

Armida de la Vara

Los puercos de Nicolás Mangana

Nicolás Mangana era un campesino pobre pero ahorrativo. Su mayor ilusión era juntar dinero para comprar unos puercos y dedicarse a engordarlos.

—No hay manera más fácil de hacerse rico —decía—. Los puercos están comiendo y el dueño nomás los mira. Cuando ve que ya no van a engordar más, los vende por kilo.

Cada vez que a Nicolás Mangana se le antojaba una copa de mezcal, decía para sus adentros:

—Quítate, mal pensamiento.

Sacaba de la bolsa dos pesos, que era lo que costaba el mezcal en la tienda del pueblo donde vivía, y los echaba por la rendija del puerco de barro que le servía de alcancía.

—En puerco se han de convertir —decía al oír sonar las monedas.

Cuando alguno de sus hijos le pedía cincuenta centavos para una nieve, Nicolás decía:

—Quítate esa idea de la cabeza, muchacho—. Luego sacaba un tostón de la bolsa, lo echaba en el puerco de barro y el niño se quedaba sin nieve.

Cuando la esposa le pedía rebozo nuevo, pasaba lo mismo. Veinticinco pesos entraban en la alcancía y la señora seguía tapándose con el rebozo luido.

Compró un libro que decía cuáles son los alimentos que deben comer los puercos para engordar más pronto, y lo leía por las tardes, sentado a la sombra de un mezquite.

Tantas copas de mezcal no se tomó Nicolás, tantas nieves no probaron sus hijos y tantos rebozos no estrenó su mujer, que el puerco de barro se llenó.

Cuando Nicolás vio que ya no cabía un quinto más, rompió la alcancía y contó el dinero, llevó la morralla a la tienda y la cambió por un billete nuevecito que tenía grabada, junto al número mil, la cara de Cuauhtémoc.

Regresó a la casa, juntó a la familia y le dijo:

—No somos ricos, pero ya merо. Con este billete que ven ustedes aquí voy a ir a la feria de San Antonio y voy a comprar unos puerquitos, los vamos a poner en el corral de atrás, los vamos a engordar, los vamos a vender y vamos a comprar más puerquitos, los vamos a engordar y los vamos a vender y vamos a comprar todavía más puerquitos y así vamos a seguir hasta que seamos de veras ricos.

Su mujer y sus hijos se pusieron muy contentos al oír esto y cantaron a coro:

—No somos ricos, pero ya mero. Ya mero.

Nicolás metió el billete debajo del petate, y todas las noches, antes de acostarse, la familia se juntaba alrededor de la cama, Nicolás levantaba el petate, y todos veían que allí estaba el billete todavía. Después de esto, cada quien se iba a su cama, se dormía y soñaba que era rico. Nicolás soñaba que estaba frente a un cerro de carnitas haciendo tacos y vendiéndolos a dos pesos cada uno, su mujer soñaba que estaba viendo la televisión, los niños soñaban que compraban helados y los chupaban.

El día de San Antonio, Nicolás Mangana se levantó cuando apenas estaba clareando, se vistió, guardó el billete de mil pesos entre las correas del huarache izquierdo, se despidió de la familia y se puso en marcha.

Muchos eran los que iban por el camino rumbo a la feria. Los que iban a comprar algo, caminaban, como Nicolás, con las manos vacías y el dinero escondido en la ropa. Los que iban a vender, en cambio, cargaban costales de membrillos, pastoreaban parvadas de guajolotes o arreaban yuntas de bueyes.

Entre todo aquel gentío se distinguía un hombre que iba montado en un caballo blanco. Nicolás lo miró lleno de envidia y pensó: "Ese hombre es un ranchero huarachudo como yo, pero montado en ese caballo parece un rey".

Era un caballo muy bueno: fuerte pero ligero; brioso pero obediente. Por su gusto hubiera salido al galope y, sin embargo, obedecía al menor tironcito de rienda que le daba el jinete.

"Así debería yo ir montado", pensó Nicolás. Decidió que nomás que fuera rico iba a comprar un caballo exactamente igual a aquel que iba caracoleando delante de él.

Apretó el paso hasta emparejarse con el caballo y empezó a platicar con el que lo montaba.

—¡Qué bonito caballo! —dijo Nicolás.

—Lo vendo —contestó el otro.

—¿En cuánto?

—Mil pesos.

Nicolás sacó el billete del huarache, compró el caballo y regresó a su casa montado y muy contento. Les dijo a su mujer y a sus hijos:

—No somos ricos, ni vamos a serlo, pero ya tenemos caballo blanco.

Toda la familia aprendió a montar y vivieron muy felices.

Jorge Ibargüengoitia

(El niño, desde una ventana, ve pasar por la calle al lechero, que pregona quesos)

El lechero:

. . . ¡Quesitos, quesitos, a los ricos quesitos!

El niño.

—¡El de los quesitos, oye, el de los quesitos!

El lechero *(entrando)*:

—¿Me has llamado, niño? ¿Quieres comprar quesitos?

El niño:

—¿Cómo quieres que los compre, si no tengo dinero?

El lechero:

—Entonces, ¿para qué me llamas? ¡Vaya una manera de perder el tiempo, hombre!

El niño.

—Si yo pudiera, me iría contigo . .

El lechero:

—¡Conmigo . . . ! ¿Qué estás diciendo?

El niño:

—Sí; ¡me entra una tristeza cuando te oigo pregonar allá abajo, por la carretera . . . !

El lechero *(dejando su balancín en el suelo)*:

—Y tú, ¿qué haces aquí?, di.

El niño:

—El médico me ha mandado que no salga, y aquí donde tú me ves estoy sentado todo el día . . .

El lechero:

—¡Pobre! ¿Qué tienes?

El niño:

—No sé; como no soy sabio, no sé qué tengo. Pero di tú, lechero, tú ¿de dónde eres?

El lechero:

—De mi pueblo.

El niño:

—¿De tu pueblo? ¿Está muy lejos tu pueblo?

El lechero:

—Está junto al río Shamli, al pie de los montes de Panchmura.

El niño·

—¿Los montes de Panchmura has dicho? ¿El río Shamli? Sí, sí; yo he visto una vez tu pueblo; pero no sé cuándo ha sido . . .

El lechero:

—¿Que has visto mi pueblo? ¿Tú has estado en los montes de Panchmura?

El niño:

—No, yo no he estado; pero creo que he visto tu pueblo. . . Tu pueblo está debajo de unos árboles muy grandes y muy viejos, ¿no?, junto a un camino colorado, ¿verdad?

El lechero:

—Sí, sí; eso es. . .

El niño:

—Y en la colina, está el ganado comiendo. . .

El lechero:

—¡Y que no hay ganado en mi pueblo! Pues digo . . .

El niño:

—Y las mujeres llenan los cántaros en el río, y luego vuelven con ellos en la cabeza. . .

El lechero:

—Así mismo. Todas van por agua al río. . . Pues sí, no cabe duda; tú has estado alguna vez en el pueblo de los lecheros. . .

El niño:

—Te digo, lechero, que no he estado nunca allí. Pero el primer día que me deje el médico salir, ¿querrás tú llevarme?

El lechero:

—Sí; me gustaría mucho que vinieras conmigo.

El niño:

—¿Y me vas a enseñar a pregonar quesitos, a ponerme el balancín en los hombros, y a andar por los caminos, lejos, muy lejos?

El lechero:

—Calla, calla... ¿Y para qué ibas tú a vender quesitos? No, hombre; tú leerás libros muy grandes y serás sabio.

El niño:

—¡No, no; yo no quiero ser sabio nunca! Yo quiero ser como tú... Tendré mis quesitos en un pueblo que está en un camino colorado... y los iré vendiendo de choza en choza... Qué bien pregonas tú: "¡Quesitos, quesitos, a los ricos quesitos!" ¿Me quieres enseñar a echar tu pregón, d'?

El lechero.

—¿Para qué quieres tú saber mi pregón? ¡Qué cosas tienes!

El niño:

—¡Sí, enséñamelo! Me gusta tanto oirte... Yo no te puedo explicar lo que me pasa cuando te oigo en la vuelta del camino, entre esa hilerita

de árboles . . . Lo mismo que cuando oigo los gritos de los milanos, tan altos, allá al fin del cielo . . .

El lechero:

—Bueno, bueno; anda, ten unos quesitos; ten, cógelos. . .

El niño:

—Pero si no tengo dinero. . .

El lechero:

—¡Deja el dinero! ¡Me iría tan alegre si quisieras tomar estos quesitos! . . .

El niño:

—Di, lechero, ¿te he entretenido mucho?

El lechero:

—No, hombre, nada. No sabes tú lo contento que me voy. Ya ves: me has enseñado a ser feliz vendiendo quesitos . . . *(Sale)*

(El niño solo)

El niño *(cantando)*:

— . . . ¡Quesitos, quesitos, a los ricos quesitos del pueblo de los lecheros, en el país de los montes de Panchmura, junto al río Shamli! ¡Quesitos, a los buenos quesitos! ¡Al amanecer, las mujeres ponen en fila sus vacas, bajo los árboles, y las ordeñan; por la tarde hacen quesitos con la leche! ¡Quesitos, quesitos, a los ricos quesitos!

Rabindranath Tagore

(traducción de Juan Ramón Jiménez)

Canción del pirata (fragmento)

Con diez cañones por banda,
viento en popa a todo vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín:
bajel pirata que llaman
por su bravura El Temido,
en todo mar conocido
del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
en la lona gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul,
y ve el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa
y allá a su frente Estambul.

Navega, velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza
tu rumbo a torcer alcanza,
ni a sujetar tu valor.

Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento
mi un co patrio la mar

José de Espronceda

El Principito y el rey

Un día, el andariego Principito llegó a la zona de los asteroides y comenzó a visitarlos para hallar algo que hacer y para instruirse sobre esos lejanos cuerpos celestes.

El primer asteroide estaba habitado por un rey.

El Principito lo encontró sentado en un trono sencillo, pero majestuoso, y vestido de púrpura y armiño.

—He aquí uno de mis vasallos —exclamó el rey cuando vio al chiquillo.

—¿Cómo puede usted saberlo, si nunca me ha visto antes? —replicó el Principito, que no sabía que para los reyes el mundo es muy simple: todos los hombres son sus súbditos.

—Acércate para que te vea mejor —dijo el rey sin preocuparse por la pregunta del recién llegado, y pensando únicamente que por fin era rey de alguien. Eso lo llenaba de orgullo.

El Principito buscó con los ojos un lugar en qué sentarse, pero como todo el planeta estaba cubierto por el lujoso manto de armiño del rey, no tuvo más remedio que quedarse de pie. Estaba muy cansado y bostezó.

—¿No sabes que es una gravísima falta de respeto bostezar en presencia de un rey? —le dijo el monarca—. Te prohíbo terminantemente que vuelvas a hacerlo.

—No pude evitarlo, señor —se disculpó el chiquillo—, he hecho un largo viaje sin dormir y sin...

—Si es así, te ordeno bostezar, pues no he visto bostezar a nadie desde hace tiempo —dijo el rey cortando la explicación—. ¡Bosteza, yo te lo ordeno!

—Ahora ya no puedo... la orden me quitó las ganas... —murmuró el Principito, poniéndose colorado.

—¡Hum...! —respondió el rey—, entonces te... te ordeno... ¡te ordeno que bosteces o que dejes de bostezar!

El rey tartamudeaba un poco y parecía irritado. Como era un soberano muy seguro de sus privilegios, exigía que su autoridad fuera siempre respetada y que sus órdenes se cumplieran rigurosamente.

—¿Puedo sentarme? —preguntó el Principito.

—Te ordeno que te sientes —le contestó el rey recogiendo majestuosamente una parte de su manto.

Mientras platicaba con el rey, el Principito no salía de su asombro al ver a un rey tan autoritario y solemne en un planeta tan pequeñito.

—Excelencia —dijo de pronto—, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Te ordeno que me hagas una pregunta —se apresuró a contestar el rey.

—¿De qué cosa es usted rey?

—De todo —respondió el monarca.

—¿De todo? —murmuró el Principito, asombrado.

Entonces el rey, con un amplio ademán, confirmó su respuesta señalando su propio asteroide, los otros planetas y todas las estrellas.

Un poder tan grande maravilló todavía más al Principito. Luego pensó que si él mismo lo tuviera, podría contemplar cuarenta, setenta, o mejor, cien o doscientas puestas de sol en el mismo día sin tener que moverse de su trono. Y entonces se puso muy triste: había recordado de pronto su pequeño planeta abandonado, y sintió nostalgia de los bellos atardeceres que había gozado en su lejano mundo. Empujado por ese recuerdo, se animó a pedirle al rey una gracia:

—Me gustaría ver una puesta de sol... Le ruego, Excelencia, que me conceda este placer... Ordene, por favor, al sol que se ponga...

Esta vez el rey lanzó un breve discurso.

—Si yo ordenara a un general que se transformara en pájaro, y si el general no obedeciera mi orden, ¿de quién sería la culpa, del general o mía?

—Sería suya, Majestad —respondió el Principito con firmeza.

—Exacto —dijo el rey—. Yo tengo derecho a exigir obediencia porque mis órdenes son siempre razonables.

—¿Y mi puesta de sol? —recordó el Principito, que no olvidaba fácilmente las cosas que había pedido.

—Ya la tendrás. Ordenaré al sol que se ponga y que nos dé un precioso ocaso cuando vea, con mi larga experiencia de gobernante, que las condiciones son favorables.

—¿Y cuándo va a ser eso? —insistió el Principito.

El rey consultó un calendario muy grande, hizo algunos cálculos y después dijo con su aire majestuoso de siempre:

—Esta tarde, como a las siete y tres cuartos, daré la orden y ya verás con qué humildad el sol se apresura a obedecerme.

El Principito bostezó. Estaba un poco aburrido y le pareció que era mucho esperar.

—No tengo ya nada que hacer aquí —le dijo al rey—, y sigo mi camino.

—No te vayas —le rogó el rey, que estaba muy contento de tener por fin un súbdito—. ¡No te vayas, y te ordenaré lo que tú quieras!

El Principito, haciendo un esfuerzo para no reírse, le dijo al viejo rey:

—Si su Majestad quiere ser obedecido puntualmente, podría darme una orden razonable. ¿Por qué no me ordena, por ejemplo, que me vaya en el plazo de un minuto? Me parece que las condiciones son favorables. . .

El rey se quedó callado unos instantes, y luego dijo casi a gritos y con su tono más autoritario:

—Te nombro mi embajador y te ordeno que empieces al instante a cumplir con tus obligaciones.

Antoine de Saint-Exupéry
(adaptación de Carlos H. Magis)

La luz sumisa

La luz, la luz sumisa
(si no fuera
la luz, la llamaran sonrisa),
al trepar en los muros, por ligera,
dibuja la imprecisa
ilusión de una blanda enredadera.
¡Ondula, danza, y trémula se irisa!

Y la ciudad, con íntimo candor,
bajo el rudo metal de una campana
despierta a la inquietud de la mañana,
y en gajos de color
se deshilvana.

José Gorostiza

Mis compañeros quedaron en el despacho del señor Juárez y yo salía con mis útiles de escribir en la mano.

Estaba remudándose la guardia, había soldados de uno y otro lado de la puerta: por la parte de la calle, se volvían en tropel los soldados; a mí me pareció, no sé por qué, que eran arrollados por una partida de mulas o de ganado, que solía pasar por allí: me embutí materialmente en la pared y me coloqué tras la puerta; pero volví los ojos hacia el patio y vi, ensangrentado y en ademán espantoso, al soldado que custodiaba la pieza: gritos, mueras, tropel y confusión horrible envolvieron aquel espacio.

El lugar en que yo estaba parado era la entrada a una de las oficinas del Estado; allí fui arrebatado, a la vez que se cerraban todas las ventanas y la puerta, quedando como en el fondo de un sepulcro.

Por la calle, por las puertas, por el patio, por todas partes, los ruidos eran horribles; oíanse tiros en todas direcciones, se derribaban muebles, haciendo estrépito al despedazarse, y las tinieblas en que estaba hundido exageraban a mi mente lo que acontecía y me representaban escenas que felizmente no eran ciertas.

En la confusión horrible en que me hallaba, vi que algunos de los encerrados conmigo en aquel antro salían para la calle impunemente: yo no me atrevía a hacerlo, pendiente de la suerte de mis amigos, a quienes creí inmolados al desenfreno de la soldadesca feroz.

Los gritos, los ruidos, los tiros, el rumor de la multitud, se oían en el interior del Palacio. Como pude, y tentaleando, me acerqué a la puerta del salón en que me hallaba y daba al patio, apliqué el ojo a la cerradura de aquella puerta y vi el tumulto, el caos

Guillermo Prieto

más espantoso: los soldados y parte del populacho corrían en todas direcciones disparando sus armas; de las azoteas de Palacio a los corredores caían, o mejor dicho, se descolgaban aislados, en racimos y grupos, los presos de la cárcel contigua, con los cabellos alborotados, los vestidos hechos pedazos blandiendo sus puñales, revoleando como arma terrible sus mismos grillos.

En el centro del patio del Palacio había algunos que me parecían jefes y un clérigo de aspecto feroz . . .

Algunos me instaron a huir; a mí me dio vergüenza abandonar a mis amigos. Luché por abrir la puerta . . . la cerraba una aldaba que después de algún esfuerzo cedió: la puerta se abrió y me dirigí al grupo en que estaban los jefes del motín

A uno de ellos le dije que yo era Guillermo Prieto, ministro de Hacienda, y que quería seguir la suerte del señor Juárez.

Apenas pronuncié aquellas palabras, cuando me sentí atropellado, herido en la cabeza y en el rostro, empujado y convertido en objeto de la ira de aquellas furias . . .

Desgarrado el vestido, lastimado, en situación la más deplorable, llegué a la presencia de los señores Juárez y Ocampo. Juárez se conmovió profundamente; Ocampo me reconvino por no haberme escapado; pero hondamente impresionado, porque me honraba con tierno cariño.

Apenas recuerdo, después de los muchos años que han transcurrido, las personas que me rodeaban.

Tengo muy presente el salón del Tribunal de Justicia, sus columnas, su dosel en el fondo. Estoy viendo en el cuartillo de la izquierda del dosel a León Guzmán, a Ocampo, a Cendejas junto a Fermín Gómez Farías; a Gregorio Medina y a su hijo, frente a la puertecita del cuarto; a Suárez Pizarro, aislado y tranquilo; al general Refugio González siguiendo al señor Juárez.

Se había anunciado que nos fusilarían dentro de una hora. Algunos,

Benito Juárez

como Ocampo, escribían sus disposiciones. El señor Juárez se paseaba silencioso, con inverosímil tranquilidad; yo salía a la puerta a ver lo que ocurría.

En el patio la gritería era espantoso.

En las calles, el señor Degollado, el general Díaz, de Oaxaca, Cruz Ahedo y otras personas que no recuerdo, entre ellas un médico, Molina, verdaderamente heroico, se organizaban en San Francisco, de donde se desprendió al fin una columna para recobrar el Palacio.

A ese amago aullaban materialmente nuestros aprehensores: los gritos, las carreras, el cerrar de las puertas, la nutrido del fuego de fusilería y artillería, eran indescriptibles.

El jefe del motín, al ver la columna en las puertas de Palacio, dio orden para que fusilaran a los prisioneros. Éramos ochenta por todos.

Una compañía se encargó de aquella orden bárbara.

Una voz tremenda, salida de una cara que desapareció como una visión, dijo: "vienen a fusilarnos".

Los presos se refugiaron en el cuarto en que estaba el señor Juárez; unos se arrimaron a las paredes, los otros como que pretendían parapetarse con las puertas y con las mesas.

El señor Juárez avanzó a la puerta; yo estaba a su espalda.

Los soldados entraron al salón . . . arrollándolo todo: a su frente venía un joven moreno, de ojos negros como relámpagos; era Peraza. Corría de uno a otro extremo, con pistola en mano, un joven de cabellos rubios: era Moret. Y formaba en aquella vanguardia don Filomeno Bravo, gobernador de Colima después.

Aquella terrible columna, con sus armas cargadas, hizo alto frente a la puerta del cuarto . . . y sin más espe-

Melchor Ocampo

ra, sin saber quién daba las voces de mando, oímos distintamente: "¡Al hombro! ¡Presenten! ¡Preparen! ¡Apunten! . . "

Como tengo dicho, el señor Juárez estaba en la puerta del cuarto: a la voz de "apunten" se asió del pestillo de la puerta, hizo atrás la cabeza y esperó . . .

Los rostros feroces de los soldados, su ademán, la conmoción misma, lo que yo amaba a Juárez . . . yo no sé . . . se apoderó de mí algo de vértigo . . . Rápido como el pensamiento, tomé al señor Juárez de la ropa, lo puse a mi espalda, lo cubrí con mi cuerpo . . . abrí mis brazos . . . y ahogando la voz de "fuego" que tronaba en aquel instante, grité: "¡Levanten esas armas! ¡Levanten esas armas! ¡Los valientes no asesinan! . . ." y hablé yo no sé qué; yo no sé qué hablaba en mí, que me ponía alto y poderoso, y veía, entre una nube de sangre, pequeño todo lo que me rodeaba; sentía que los subyugaba, que desbarataba el peligro, que los tenía a mis pies . . . Repito que yo hablaba, y no puedo darme cuenta de lo que dije . . . A medida que mi voz sonaba, la actitud de los soldados cambiaba . . . Un viejo de barbas canas, que tenía enfrente, y con quien me encaré, diciéndole: "¿Quieren sangre? ¡Bébanse la mía . . . !" alzó el fusil . . . los otros hicieron lo mismo . . .

Los soldados lloraban, protestando que no nos matarían, y así se retiraron como por encanto . . . Bravo se puso de nuestro lado.

Juárez se abrazó de mí . . . mis compañeros me rodeaban, llamándome su salvador y salvador de la Reforma . . .

Mi corazón estalló en una tempestad de lágrimas.

Guillermo Prieto

Santos Degollado

El grillo

Música porque sí, música vana,
como la vana música del grillo,
mi corazón romántico y sencillo
se ha despertado grillo esta mañana.

Este cielo azul, ¿es de porcelana?
¿Es una copa de oro el espinillo
o es que en mi nueva condición de grillo
veo todo a lo grillo esta mañana?

¡Qué bien suena la flauta de la rana!
Pero no es son de flauta: es un platillo
de vibrante cristal que se desgrana.

¡Qué hermoso, dulcísimo y sencillo
es para quien tiene corazón de grillo
interpretar la vida esta mañana!

Conrado Nalé Roxlo

Luvina (fragmento)

De los cerros altos del sur, el de Luvina es el más alto y el más pedregoso. Está plagado de esa piedra gris con la que hacen la cal, pero en Luvina no hacen cal con ella ni le sacan ningún provecho. Allí la llaman piedra cruda, y la loma que sube hacia Luvina la nombran cuesta de la Piedra Cruda. El aire y el sol se han encargado de desmenuzarla, de modo que la tierra de por allí es blanca y brillante como si estuviera rociada siempre por el rocío del amanecer; aunque esto es un puro decir, porque en Luvina los días son tan fríos como las noches y el rocío se cuaja en el cielo antes que llegue a caer sobre la tierra.

. . . Y la tierra es empinada. Se desgaja por todos lados en barrancas hondas, de un fondo que se pierde de tan lejano. Dicen los de Luvina que de aquellas barrancas suben los sueños; pero yo lo único que vi subir fue el viento, en tremolina, como si allá abajo lo tuvieran encañonado en tubos de carrizo. Un viento que no deja crecer ni a las dulcamaras: esas plantitas tristes que apenas si pueden vivir un poco untadas a la tierra, agarradas con todas sus manos al despeñadero de los montes. Sólo a veces, allí donde hay un poco de sombra, escondido entre las piedras, florece el chicalote con sus amapolas blancas. Pero el chicalote pronto se marchita. Entonces uno lo oye rasguñando el aire con sus ramas espinosas, haciendo un ruido como el de un cuchillo sobre una piedra de afilar.

—Ya mirará usted ese viento que sopla sobre Luvina. Es pardo. Dicen que porque arrastra arena de volcán; pero lo cierto es que es un aire negro. Ya lo verá usted. Se planta en Luvina prendiéndose de las cosas como si las mordiera. Y sobran días en que se lleva el techo de las casas como si se llevara un sombrero de petate, dejando los paredones lisos, descobijados. Luego rasca como si tuviera uñas: uno lo oye a mañana y tarde, hora tras hora, sin descanso, raspando las paredes, arrancando tecatos de tierra, escarbando con su pala picuda por debajo de las puertas, hasta sentirlo bullir dentro de uno como si se pusiera a remover los goznes de nuestros mismo huesos. Ya lo verá usted.

Juan Rulfo

Vaca y niña

Los niños de las ciudades
conocen bien el mar,
mas no la tierra.

La niña que no había visto
nunca una vaca,
se la encontró en el prado
y le gustó.

La vaca no sonrió
—está contra sus costumbres—
La niño se le acercó, pasos menudos,
como a una fuente materna
de leche y miel y cebada

La vaca a su vez,
rumiando dulce pastura,
miró a la pequeña triste,
como a un becerro perdido,
y la saludó contenta:
la cola en alta alegría,
largo amable
que festejaban las moscas.

Eduardo Lizalde

Durante dos meses se asomó a la muerte. El médico murmuraba que la enfermedad de Pedro era nueva, que no había modo de tratarla y que él no sabía qué hacer . . . Por suerte el enfermo, solito, se fue curando. No había perdido su buen humor, su oronda calma provinciana. Demasiado flaco y eso era todo. Pero al levantarse después de varias semanas de convalecencia se sintió sin peso.

—Oye —dijo a su mujer— me siento bien pero no sé . . . el cuerpo me parece . . . ausente. Estoy como si mis envolturas fueran a desprenderse dejándome el alma desnuda.

—Languideces —le respondió su mujer.

—Tal vez.

Siguió recobrándose. Ya paseaba por el caserón, atendía el hambre de las gallinas y de los cerdos, dio una mano de pintura verde a la pajarera bulliciosa y aun se animó a hachar la leña y llevarla en carretilla hasta el galpón. Pero según pasaban los días las carnes de Pedro perdían densidad. Algo muy raro le iba minando, socavando, vaciando el cuerpo. Se sentía con una ingravidez portentosa. Era la ingravidez de la chispa y de la burbuja, del globo y de la pelota. Le costaba muy poco saltar limpiamente la verja, trepar las escaleras de cinco en cinco, coger de un brinco la manzana alta.

Te has mejorado tanto —observaba su mujer— que pareces un chiquillo acróbata.

Una mañana Pedro se asustó. Hasta entonces su agilidad le había preocupado, pero todo ocurría como Dios manda. Era extraordinario que, sin proponérselo, convirtiera la marcha de los humanos en una triunfal carrera en volandas sobre la quinta. Era extraordinario pero no milagroso. Lo milagroso apareció esa mañana.

Muy temprano fue al potrero. Caminaba con pasos contenidos porque

ya sabía que en cuanto taconeara iría dando botes por el corral. Arremangó la camisa, acomodó un tronco, cogió el hacha y asestó el primer golpe. Y entonces, rechazado por el impulso de su propio hachazo, Pedro levantó vuelo. Prendido todavía del hacha, quedó un instante en suspensión, levitando allá, a la altura de los techos; y luego bajó lentamente.

Acudió su mujer cuando Pedro ya había descendido y, con una palidez de muerte, temblaba agarrado a un grueso tronco.

—¡Hebe! ¡Casi me caigo al cielo!

—Tonterías. No puedes caerte al cielo. Nadie se cae al cielo. ¿Qué te ha pasado?

Pedro explicó la cosa a su mujer y ésta, sin asombro, le reconvino:

—Te sucede por hacerte el acróbata. Ya te lo he prevenido. El día menos pensado te desnucarás en una de tus piruetas.

—¡No, no! —insistió Pedro—. Ahora es diferente. Me resbalé. El cielo es un precipicio, Hebe.

Pedro soltó el tronco que lo anclaba pero se asió fuertemente a su mujer. Así abrazados volvieron a la casa.

—¡Hombre! —le dijo Hebe, que sentía el cuerpo de su marido pegado al suyo como el de un animal extrañamente joven y salvaje, con ansias de huir en vertiginoso galope—. ¡Hombre, déjate de hacer fuerza, que me arrastras! Das unos pasos como si quisieras echarte a volar.

—¿Has visto, has visto? Algo horrible me está amenazando, Hebe.

Esa tarde Pedro, que estaba sentado en el patio leyendo las historietas del periódico, se rió convulsivamente. Y con la propulsión de ese motor alegre fue elevándose por el aire. La risa se trocó en terror y Hebe acudió otra vez a las voces de su marido. Alcanzó a cogerlo de los pantalones y lo trajo a la tierra. Ya no había duda. Hebe le llenó los bolsillos con grandes tuercas, caños de plomo y piedra; y estos pesos por el momento le dieron a su cuerpo la solidez necesaria para transquear por la galería y empinarse por la escalera de su cuarto. Lo difícil fue desvestirlo. Cuando Hebe le quitó los

hierros y el plomo, Pedro, fluctuante sobre las sábanas, se entrelazó a los barrotes de la cama y le advirtió:

—¡Cuidado, Hebe! Vamos a hacerlo despacio porque no quiero dormir en el techo.

—Mañana mismo llamaremos al médico.

—Si consigo estarme quieto no me ocurrirá nada. Solamente cuando me agito me hago aeronauta.

Con mil precauciones pudo acostarse y se sintió seguro.

—¿Tienes ganas de subir?

—No. Estoy bien.

Se dieron las buenas noches y Hebe apagó la luz.

Al otro día, cuando Hebe despegó los ojos, vio a Pedro durmiendo como un bendito con la cara pegada al techo. Parecía un globo escapado de las manos de un niño.

—¡Pedro, Pedro! —gritó aterrorizada.

Al fin Pedro despertó, dolorido por el estrujón de varias horas contra el cielo raso. ¡Qué espanto! Trató de soltar al revés, de caer para arriba, de subir para abajo. Pero el techo lo succionaba como succionaba el suelo a Hebe.

—Tendrás que atarme de una pierna y amarrarme al ropero hasta que llames al doctor y vea qué es lo que pasa.

Hebe buscó una cuerda y una escalera, ató un pie a su marido y se puso a tirar con todo el ánimo. El cuerpo adosado al techo se removió como un lento dirigible. Aterrizaba.

En eso se coló por la puerta un corrientón de aire que ladeó la leve corporeidad de Pedro y, como a una pluma, la sopló por la ventana abierta. Ocurrió en un segundo. Hebe lanzó un grito y la cuerda se le escapó de las manos. Cuando corrió a la ventana ya su marido, desvanecido, subía por el aire inocente de la mañana, subía en suave contoneo como un globo de color fugitivo en un día de fiesta, perdido para siempre, en viaje al infinito. Se hizo un punto y luego nada.

Enrique Andersen Imbert

Segador (fragmento)

Segaba las claras espigas,
su pausa era música.

Su sombra alargaba la tarde.

En los ojos traía un lucero
que a veces brincaba por todo el paisaje

La hoz, afilada tan fino,
segaba lo mismo
la espiga que el último sol de la tarde.

Carlos Pellicer

Balada del silencio temeroso

Aquí, cuando muere el viento,
desfallecen las palabras.

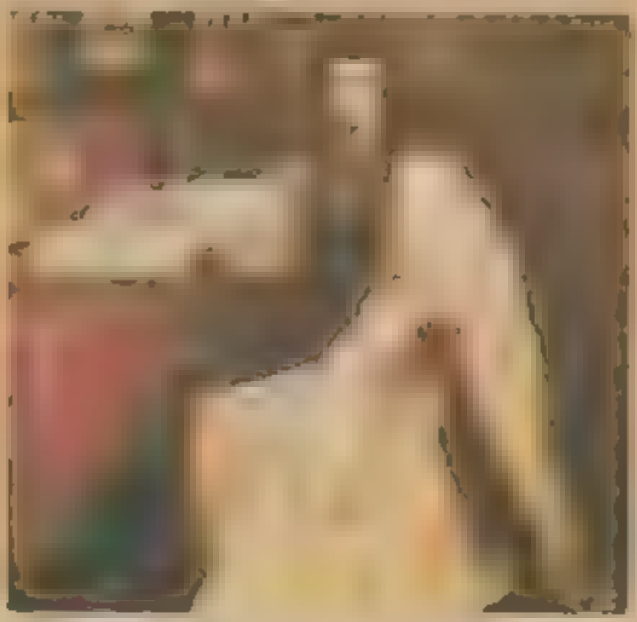
El molino ya no habla
Los árboles ya no hablan.
Los caballos ya no hablan.
Las ovejas ya no hablan.

Se calla el río
Se calla el cielo.
Y el ventereo se calla.
Y el loro verde se calla.
Y el sol, arriba, se calla.
Se calla el hornero
El zorzal se calla
Se calla el lagarto
Se calla la iguana
Se calla la víbora
La sombra, al río, se calla
Se calla todo el ganado
y la barranca se calla

Se calla hasta la paloma
que nunca jamás se calla
Y el hombre, siempre callado
entonces, de miedo, habla

Rafael Alberti

Silueta de Sor Juana Inés de la Cruz *(Según un cuadro antiguo)*



Sor Juana Inés de la Cruz,
pintura de Miguel Cabrera, 1750
(Castillo de Chapultepec)

Nació en Nepantla. Dos volcanes recortaron el paisaje familiar de su infancia. Pero es el Iztaccihuatl, de finos perfiles, el que influyó en su alma, y no el Popocatépetl, basto y macizo hasta su cumbre.

La luz de la meseta le hizo esos ojos rasgados y enormes para recorrer el ancho horizonte. Para andar en la atmósfera diáfana, le fue dada esa esbeltez que al caminar la hacía parecerse a un largo jazmín en la fina luz de la tarde.

No hay vaguedad de ensueño en las pupilas de sus retratos. Los de Juana de Asbaje son ojos acostumbrados a ver que las criaturas y las cosas se destaquen nítidamente en el aire luminoso de los llanos altos. Detrás de esos ojos el pensamiento debió tener la misma claridad y agudeza del aire.

Muy delicada la nariz; la boca, ni triste ni alegre, tenía los labios firmes para que no los hicieran temblar las emociones. Blanca, aguzada y perfecto el óvalo del rostro, como una almendra desnuda. Sobre la palidez de ese rostro debió resultar muy hermoso el negro intenso de los cabellos y de los ojos.

Los hombros finos también, y la mano sencillamente milagrosa. Podía haber quedado de ella sólo eso, y conoceríamos el cuerpo y el alma por aquella mano sensible y noble como sus versos . . .

Es muy bella su figura inclinada sobre la oscura mesa de caoba. Los grandes libros en que estudiaba, acostumbrados a sentir sobre sí la diestra amarilla y rugosa de venerables eruditos, debieron sorprenderse con la frescura de agua de esa mano . . .

Gabriela Mistral
(adaptación de Carlos R. Mag.s)

La más bella niña
de nuestro lugar,
hoy viuda y sola
y ayer por casar,
viendo que sus ojos
a la guerra van,
a su madre dice,
que escucha su mal:
—*¡Dejadme llorar*
orillas del mar!

En llorar conviertan
mis ojos, de hoy más,
el sabroso oficio
del dulce mirar;
pues que no se pueden
mejor ocupar,
yéndose a la guerra
quien era mi paz.
—*¡Dejadme llorar*
orillas del mar!

Dulce madre mía,
¿quién no llorará,
aunque tenga el pecho
como un pedernal,
y no dará voces
viendo marchitar
los más verdes años
de su mocedad?
—*¡Dejadme llorar*
orillas del mar!

Luis de Góngora

Seis meses estuvo en la cama Tomás, en los cuales se secó y se puso, como suele decirse, en los huesos, y mostraba tener turbados todos los sentidos. Y aunque le hicieron los remedios posibles, sólo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no la del entendimiento, porque quedó sano, y loco de la más extraña locura que entre las locuras hasta entonces se había visto. Imaginóse el desdichado que era todo hecho de vidrio, y con esta imaginación, cuando alguno se llegaba a él, daba terribles voces pidiendo y suplicando con palabras y razones concertadas que no se le acercasen porque le quebrarían; que real y verdaderamente él no era como los otros hombres, que todo era de vidrio de pies a cabeza. Para sacarle de esta extraña imaginación, muchos, sin atender a sus voces y rogativas, arremetieron a él y le abrazaron, diciéndole que advirtiese y mirase cómo no se quebraba. Pero lo que se granjeaba en esto era que el pobre se echaba en el suelo dando mil gritos, y luego le tomaba un desmayo del cual no volvía en sí en cuatro horas, y cuando volvía era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no llegasen. Decía que le hablasen desde lejos y le preguntasen lo que quisiesen, porque a todo les respondería con más entendimiento, por ser hombre de vidrio y no de carne; que el vidrio, por ser de materia sutil y delicada, obra por ella el alma con

más prontitud y eficacia, que no por la del cuerpo, pasada y terrestre.

Quisieron algunos experimentar si era verdad lo que decía, y así le preguntaron muchas y difíciles cosas, a las cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio, cosa que causó admiración a los más letrados de la Universidad y a los profesores de la medicina y filosofía, viendo que en un sujeto donde se contenía tan extraordinaria locura como el pensar que fuese de vidrio, se encerrase tan grande entendimiento, que respondiese a toda pregunta con propiedad y agudeza.

Pidió Tomás le diesen alguna funda donde pusiese aquel vaso quebradizo de su cuerpo, porque al vestirse algún vestido estrecho no le quebrase; y así, le dieron una ropa parda y una camisa muy ancha, que él se vistió con mucho tiento, y se ciñó una cuerda de algodón. No quiso calzarse zapatos en ninguna manera... Cuando andaba por las calles, iba por la mitad de ellas, mirando a los tejados, temeroso no le cayese alguna teja encima y le quebrase; los veranos dormía en el campo a cielo abierto, y los inviernos se metía en algún mesón, y en el pajar se enterraba hasta la garganta, diciendo que aquella era la más propia y más segura cama que podían tener los hombres de vidrio; cuando tronaba, temblaba como un azogado, y se salía al campo y no entraba en poblado hasta haber pasado la tempestad.

Miguel de Cervantes Saavedra

Espiral

Como el clavel sobre su vara,
como el clavel, es el cohete:
es un clavel que se dispara.

Como el cohete el torbellino:
sube hasta el cielo y desgrana
canto de pájaro en un pino.

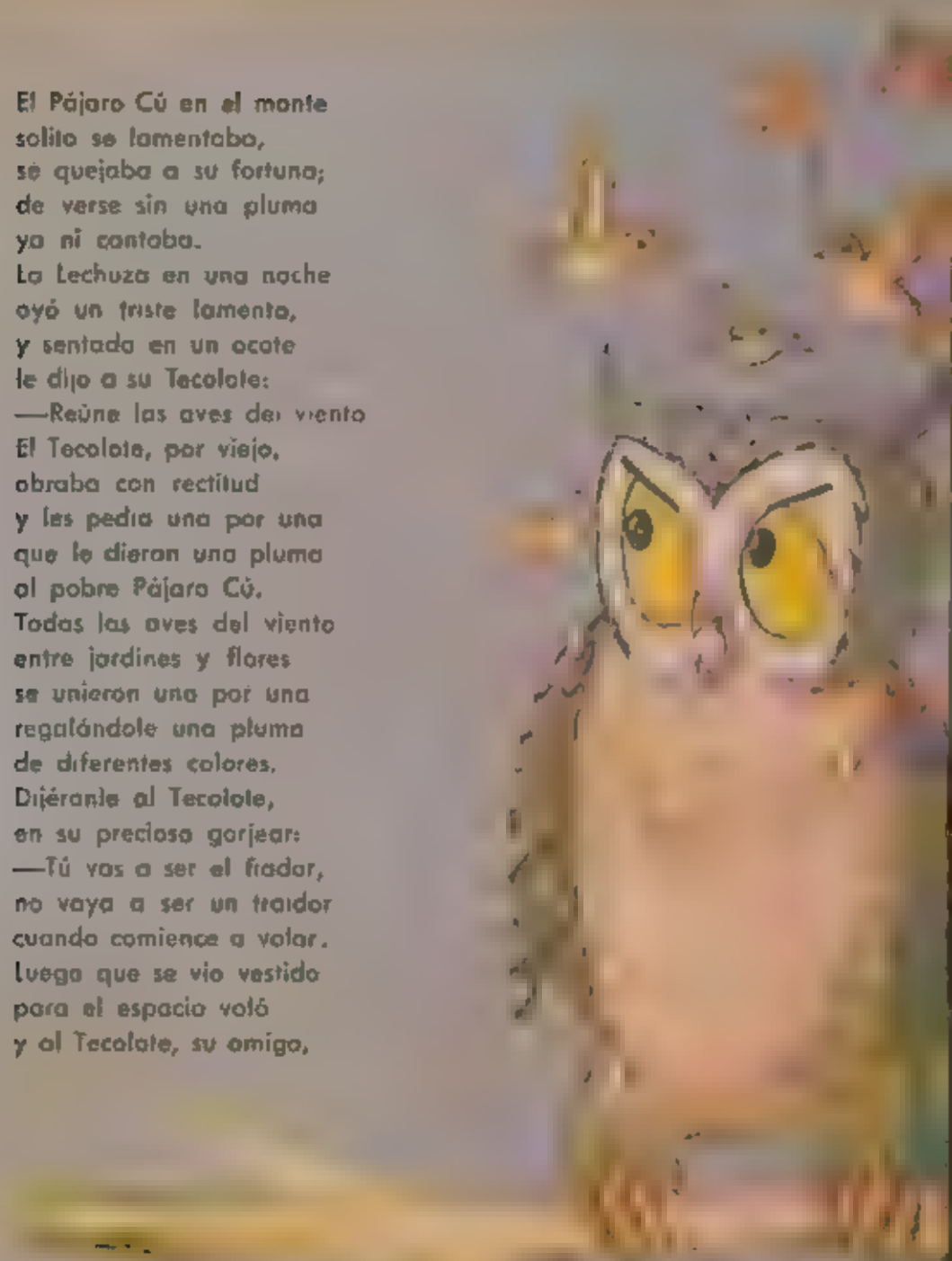
Como el clavel y como el viento
el caracol es un cohete:
petrificado movimiento.

Y la espiral en cada cosa
su vibración difunde en giros:
el movimiento no reposa.

El caracol ayer fue ola,
mañana luz y viento, son,
eco del eco, caracola.

Octavio Paz

El Pájaro Cú en el monte
solito se lamentaba,
se quejaba a su fortuna;
de verse sin una pluma
ya ni contaba.
La Lechuza en una noche
oyó un triste lamento,
y sentada en un ocote
le dijo a su Tecolote:
—Reúne las aves del viento
El Tecolote, por viejo,
obraba con rectitud
y les pedía una por una
que le dieran una pluma
al pobre Pájaro Cú.
Todas las aves del viento
entre jardines y flores
se unieron una por una
regalándole una pluma
de diferentes colores.
Dijéranle al Tecolote,
en su preciosa gorjear:
—Tú vas a ser el fiador,
no vaya a ser un traidor
cuando comience a volar.
Luego que se vio vestido
para el espacio voló
y al Tecolote, su amigo,



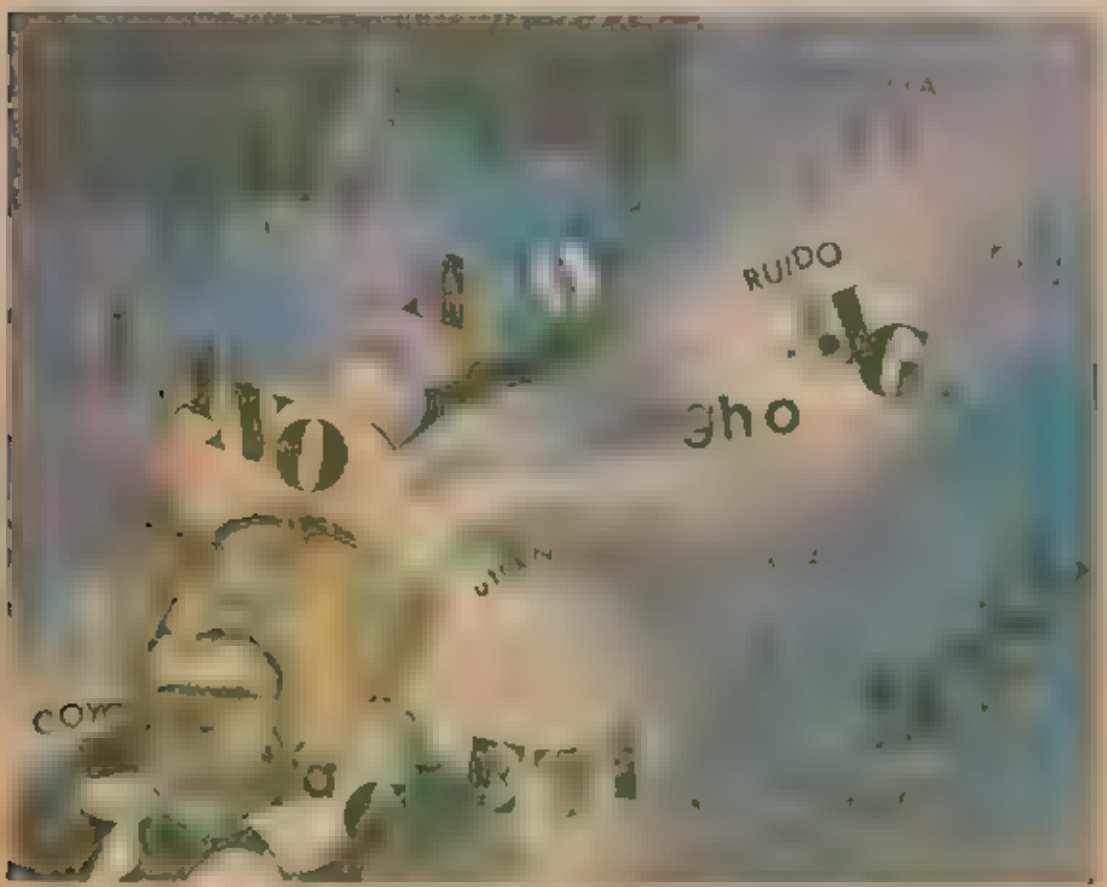
lo dejó comprometido
con la firma que prestó.
Por eso los tecolotes
cantando: ¡Ticú-ticú!
volando de rama en rama
de noche, afligidos llaman
al pobre Pájaro Cú.
Por eso los tecolotes
de día no pueden ver,
pues todas las avecitas
con el pico y sus alitas
se los quisieran comer.
El Pájaro Cú voló
para otras tierras mejores,
les decía a los pajaritos:
—De todos mis hermanitos
me vestí de mil colores.
Toditas las tortolitas
cantaban con inquietud:
—Con cuidado, gavilanes,
vayan formando sus planes,
que ahí viene el Pájaro Cú.
Ya con ésto me despido
por las hojas de un pirú
me deben de dispensar
que ya les vine a cantar
versos del Pájaro Cú.

Canción popular mexicana

El señor de los refranes

—Nomás los estoy oyendo retobe y retobe, años y años, como burros con bozal o caballo que coge el freno, aquí los oigo como quien oye llover y no se moja, porque no hay peor sordo que el que no quiere oír, y porque perro que ladra no muerde, ni buey viejo pisa mata, y si la pisa no la maltrata, y porque son como la chiva de tía Cleta, que se come los petates y se asusta con los aventadores, o será porque el valiente de palabra es muy ligero de pies, y entre la mujer y el gato ni a cuál ir de más ingrato; además: que para el arriero, el aguacero, y que soy de los que aúllan cuando el coyote, hasta que se cansa y corre; de modo que para qué tantos gritos y sombrerazos, ni tantos brincos estando parejo el llano, pues al fin y al cabo son como los cabrestos que solitos entran, o como gallinas que duermen alto: con echarles maíz se apean, o como el pobre venadito que baja al agua de día, y si no cabrestean se ahorcan, lueguito vendrán a pedir frías, porque quieren jugar al toro sentados; pero recuerden que al son que me tocan bailo, y no soy de los que pierden las cuentas como las mujeres; si les gusta el ruido, ruido; calma y nos amanecemos; en resumidas cuentas: me gustan las cuentas claras y el chocolate espeso.

Agustín Yáñez



Lecturas

Esta primera edición (1 225 000 ejemplares) de **Español - Sexto Grado - Lecturas**, terminó de imprimirse el día 22 de agosto de 1974 en los talleres de la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos, situados en la calle del Doctor Río de la Loza, número 116, México, D. F.

ESTE LIBRO ES PROPIEDAD DE LA REPÚBLICA MEXICANA

Para que lo use y lo conserve se entrega en forma absolutamente gratuita, pero con la condición de que lo cuide, a

.....

(nombre del educando)

alumno* alumna* del .....

(grado)

de la .....

(escuela)

..... * *

de ....

(población) *(entidad federativa)*

Ninguna persona, física o moral, podrá convertir este libro en objeto de comercio, franco o clandestino; ni lucrar con él de ningún modo; ni pedir a cambio de él —por ningún concepto— cantidad o cosa alguna; ni llevarlo o mandarlo fuera del país, o intentar lo uno o lo otro.

La persona o personas, físicas o morales, que contravengan cualquiera de las prohibiciones o limitaciones mencionadas, quedarán sujetas a las sanciones penales que procedan.

Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos

* Tachar alumno o alumna, según el caso.
** Indicar, además del nombre que lleve el plantel, su número de registro (clave).

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

MÉXICO, D. F.